

ARRIAZA Y SUPERVIELA, JUAN BAUTISTA DE (1770-1837)

*POESÍAS LÍRICAS*

LIBRO III

*Las tristes y heroicas*

INDICE:

La cavilación solitaria  
Poema

A una dama que habiéndose hecho leer por el autor la composición precedente,  
manifestó la mayor sensibilidad al escucharla

A la entrada victoriosa del general Ricardos en Coliuvre

La compasión  
Canto fúnebre: a la muerte del último Duque de Alba en 1799

Contra la seducción

Oda

Mis deseos

Consejos a un militar

Al busto de su amigo D. Francisco Solano, cuya actitud es estar mirando con  
intrepidez

Al busto de la señora Rita Luna en calidad de trágica

A Próspero

Epístola

La tempestad y la guerra o el combate de Trafalgar

Oda

Lisonjeras ilusiones sobre la restauración de nuestra marina; y exhortación a los  
que se hayan de poner a su frente a imitar el valor, y la práctica firme y dura en  
los trabajos de mar, de los antiguos almirantes Roger de Lauria y don Juan de  
Austria

Oda

La piedad filial o el restablecimiento

Cantata

Profecía del Pirineo en julio de 1808

Oda

Inscripción al busto del célebre Mr. Fox, traducida del inglés

El dos de mayo de 1808

Elegía

Himno de la victoria, cantado a la entrada de los ejércitos victoriosos de las provincias en Madrid en 1808

Los defensores de la patria

Canción cívica

Unión y gloria

Epigrama

A la batalla de Salamanca

Canción

Sobre el mismo asunto

Soneto

Al Duque de Albuquerque muerto en Inglaterra de una pasión de ánimo originada de su propio pundonor

Epitafio

A la entrada en Cádiz del duque de Ciudad Rodrigo, después de levantado el sitio de aquella plaza, en consecuencia de sus victorias

En un convite brindando por la última batalla ganada en España por el duque de Ciudad Rodrigo

Soneto

Sobre el modo grosero con que algunos periodistas extranjeros hablaban acerca de los asuntos de España en el año de 1810

Soneto

Sentimientos de la España al tiempo de la partida de su legítimo rey en 1808

Soneto

A las primeras partidas de campo que se hicieron en Chiclana después del largo sitio de Cádiz, y acabados de destruir los campamentos franceses

Anacreónica

La crueldad de la muerte

Soneto

Canción fúnebre

Al valor y demás virtudes militares más dignamente premiadas

Soneto

A la memoria de don Mariano de Arriaza, hermano del autor, muerto gloriosamente de un tiro de artillería en la defensa de Madrid contra Napoleón al amanecer del 4 de diciembre de 1808

Soneto

En el día de Santa Teresa: respondiendo al brindis que le hicieron unos amigos por una hija suya de tres años, que tenía aquel nombre

## LA CAVILACIÓN SOLITARIA

Poema

De los bellos placeres el más puro,  
de todos los consuelos el más grato,  
so para el corazón perverso y duro,  
mas para el dulce y de inocente trato,  
eres tú ¡oh soledad! En el Retiro  
ayer mis penas suspirando anduve,  
y nadie se burlaba del suspiro.  
El azulado velo de zafiro  
se desplegaba en el sereno cielo,  
sólo la leve gasa de una nube  
transparentaba el azulado velo.  
Majestuosamente el dios de Delo  
sus postrimeros rayos recogía:  
y aquel final tristísimo del día,  
los primeros anuncios de la noche,  
el triunfo de las tímidas estrellas,  
el confuso rumor del numeroso  
pueblo que desde lejos resonaba,  
todo a meditación me convidaba.

¡Triste de aquel que a solas se desmaya  
cuando no ve a su lado al importuno;  
cuya melancolía no se explaya  
en andar repasando uno por uno  
los objetos queridos a su idea!  
Así gozaba yo, cual se recrea  
el fatigado ciervo, que seguro  
veloz burlando a los tenaces perros,  
respira encima de los altos cerros  
con anhelante boca el aire puro.  
Con paso incierto y pensamiento vago  
a la margen llegué del ancho lago  
que el céfiro halagaba con molicie  
sin rizar la serena superficie.  
Al peso de mis graves pensamientos  
rendida mi cabeza,  
y el alma entre crueles sentimientos  
colmada de tristeza,  
el pecho recliné sobre el herrado  
balaustre que abortó la ardiente fragua  
para marcar la esclavitud del agua.

Allí observando el cristalino espejo  
vi de la luna el pálido reflejo  
mas luminosa al paso  
que se iba hundiendo el sol en el ocaso.

Que es la luna en su brillo intermitente  
símil de una belleza enamorada,  
que de día a los ojos de la gente  
se muestra pesarosa y desmayada;  
pero apenas cubriendo el sol la frente  
da lugar a la noche deseada,  
sus gracias todas brillan al instante  
a los queridos ojos de su amante.

Así en aquellas horas difundía  
resplandor tan benigno y halagüeño,  
que las penas del alma adormecía  
bañadas en balsámico beleño.  
De la bóveda azul la Láctea vía  
bajar al lago en mi embeleso miro,  
y por bajo del agua hacer su giro;  
y por bajo del agua los luceros  
al cielo dar brillantes reverberos;  
y por bajo del agua las estrellas  
trémulas repetir sus luces bellas.  
Y así con tal viveza retratado,  
el agua redoblaba el firmamento  
bajo mis pies, que me juzgué en el viento  
desde el suelo lanzado.  
En el Éter me vi. Creedme, oh genios,  
que franquear sabéis la estrecha esfera  
de los torpes sentidos:  
los que sabéis imaginar creedme.

Nuestro mísero globo envuelto en niebla  
se iba ya anonadando en el cotejo  
de tanta masa colosal que puebla  
la inmensidad. Extático me alejo  
de la terrena atmósfera, dejando  
confundidos en ella los clamores  
de la paciente humanidad; las vanas  
quejas del infeliz a quien natura  
dio sensibilidad y desventura;  
el grito audaz del prepotente avaro;  
los llorosos vagidos  
que el naciente mortal tributa al mundo;  
los ayes del doliente moribundo;  
el trueno de la guerra  
que del bronce arrojado al cielo sube,  
y el que desde la nube  
pone bramando en turbación la tierra.

Hondos bajo mis pies los aquilones  
vagaban sin aliento,  
en tanto que con raudo movimiento  
iba mi cuerpo hendiendo la corriente  
de la atracción lunar: el refulgente  
disco del gran satélite crecía:  
yo leve caigo, y llego en el momento  
en que ya el sol le despertaba al día.

Un verde prado en su florida alfombra,  
un fresco arroyo a su sonante orilla,  
y árboles mil me hospedan a su sombra.  
¡Cuánto fue mi deleite y maravilla  
al ver la luna que aparece al mundo  
melancólica siempre y amarilla,  
toda cubierta de verdor fecundo,  
poblada toda de olorosas flores,  
acariciada de airecillos suaves,  
y albergue dulce de amorosas aves!  
Como mi vista se perdió en el llano  
sin encontrar ni surcos ni labores,  
ni chozas de pastores,  
ni huella alguna de trabajo humano,  
dije exclamando: «¡al menos  
si estos valles amenos  
rebotan de verdura, si este prado  
en tantos frutos opimos abunda,  
el rocío del alba le fecunda,  
y no el sudor de un pobre desgraciado!»  
Un sentimiento, entonces, de ternura  
arrebato mis ojos a los cielos,  
y ¡oh Dios eterno! en su espaciosa anchura  
por do girando van con raudos vuelos  
tantos orbes de luz, nunca mi mente  
llenó de admiración cometa ardiente,  
o al necio vulgo infausto meteoro,  
como el aspecto nuevo  
de un astro hermoso a quien hiriendo Febo  
comunicaba el resplandor del oro.  
Once veces su rueda de topacio  
el lleno de la luna contendría,  
y relumbrando en el celeste espacio  
al gran broquel de Marte parecía.

El soberbio fenómeno ignorado

me suspendió un momento  
de admiración y júbilo exaltado:  
mas no sé cómo luego poco a poco  
mientras lo estaba contemplando atento  
el corazón de pena se me cierra:  
me hallé infeliz, y conocí la Tierra.  
«Sí: yo te conocí, triste planeta,  
destierro de los hombres, ¡oh morada  
de duelo y turbación! Donde negada  
por siempre fue felicidad completa.  
Te vi, y temblé cual tímida paloma,  
que pavorosa ve desde su nido  
el fiero halcón, cuando en el aire asoma  
sobre las negras alas sostenido.

Tu presencia el consuelo me acibara  
de verme libre y solo acá en la luna,  
y la distancia inmensa  
que de ti me separa  
tiemblo que en un momento se reúna.  
Entre el negro vapor que se condensa  
alrededor de ti, veo volando  
el ominoso bando  
de horrendas Furias del Error secuaces,  
cuyas miradas de furor voraces  
registran sin cesar mares y tierras,  
y encienden sin piedad odios y guerras.

De allá te infunde ¡oh Globo turbulento!  
Su soplo abrasador la Ambición fiera,  
que a tantos pueblos priva del contento

cuando de un solo pecho se apodera.  
La Calumnia de allí vierte la saña  
que a la virtud persigue sin amparo,  
y el solo aliento de su boca empaña  
de una inocente vida el lustre claro.

Pálida, consumida y macilenta  
la vil perseguidora de los sabios,  
la Envidia, digo, allá se me presenta  
con los dientes mordiéndose los labios.  
Enmascarada allí la Hipocresía  
virtudes miente, y de las leyes habla  
para perder al náufrago en la tabla  
con que salvarle del Error fingía;

allí los celos con puñal en mano,  
bañando en sangre los amantes pechos,  
y privando de amor los castos lechos.  
Y la Discordia, en fin, monstruo nefando,  
con los ojos clavados en el oro  
que el sórdido Interés la va enseñando,  
con ronca voz y látigo sonoro  
las negras Furias de su carro hostiga,  
y derramando muerte, incendio y robo  
alrededor del Globo  
volando va la bárbara cuadriga.

Sangre y desolación son los efectos  
que te produce, oh Mundo, la alta gloria  
de dar vida a los seres más perfectos.  
La especie que con tanta vanagloria  
lleva en su frente escrito el privilegio  
de origen celestial. Con aire regio  
mira, obsérvale allí, cual se pasea  
por aquel verde prado  
en hondos pensamientos abismado  
el Hombre; mírale cual señorea  
por la etérea región su frente altiva,  
parece que del Cielo se deriva  
la alta meditación que le embelesa,  
y que el murmullo de los aires cesa,  
y que el susurro de las aguas calma,  
y el movimiento que del orbe es alma  
se queda en suspensión y como esperando  
el noble efecto del pensar profundo  
del monarca del mundo.  
Como los ojos vuelve tan serenos  
parece que benigna abre sus senos

Naturaleza, y da al humano imperio  
de su fecundidad todo el misterio.  
¡Qué creación tan nueva de placeres  
saldrá de su pensar! ¡De cuántos seres  
hará feliz y larga la existencia  
con su divina ciencia!...  
Mas ¡oh prodigio! ¿dónde está? ¿qué es hecho?  
Rápida exhalación que brilla y huye  
despareció: ¿dónde hallarán los ojos  
al Ente pensador! Sigue esos rojos  
rastros de sangre, esas horribles huellas  
que su fuga selló: mira por ellas

centellar los reflejos  
de un fuego abrasador: oye a lo lejos  
cual atruena el recinto  
triste rumor ya sordo, ya distinto,  
ecos de asolación, voces de ira,  
clamores del que yace y del que espira.  
Veloz, cual ciervo, y más feroz que tigre  
esa senda se abrió; la dulce calma  
de su semblante era anhelar la palma  
de destructor; el éxtasis sublime  
de su razón la humanidad lo gime.

Mordió su corazón la ambición fiera.  
Mira a uno y otro lado en la carrera  
por do volaba insano  
en busca del laurel más inhumano,  
de la aniquilación anticipada  
la ley común, y al filo de la espada  
con prematura suerte  
extendido el imperio de la muerte.  
Tiemblan, vacilan, caen por todas partes  
los altos monumentos de las artes,  
y él los pisa feroz: de cada paso  
nace un nuevo fracaso,  
y de cada mirada un parricidio:  
el terror y el pavor héroe le aclaman,  
y la orfandad y la viudez le infaman.  
Si este es el Hombre cuando en fin grandioso  
fama inmortal de vencedor pretende,  
cuando hace de su vida el generoso  
sacrificio, los riesgos afrontando  
con que Natura su igualdad defiende:  
¡Qué, cuando a sangre fría vil tirano  
escala el solio, y de la regia mano  
el freno de las leyes arrebató!  
¡Qué, si con duro pie pisa y maltrata  
el cuello de las gentes que esclaviza!  
¡Qué, si se ensalza! ¡qué, si se entroniza!

Oh Tierra, mientras corro ahogado en pena  
un velo de dolor sobre esta escena,  
dime: ¿y este es el Hombre, el ente bueno  
que predilecto abrigas en tu seno!  
¿Por éste, en primavera, tan hermosa,  
tan florida te ostentas?



¿Por éste, en el verano, armoniosa  
de tantas aves el amor fomentas?  
¿En otoño por ése te despojas  
de dulces frutos y de alegres hojas?  
¿Y por él, en invierno, al silbo horrendo  
del lóbrego Aquilón te vas cubriendo  
de escarcha y nieve, y el llover te inunda  
para serle después madre fecunda!

¡Pero cuándo no ve el fatal destino  
a la beneficencia haciendo ingratos!

De tu atmósfera el aire cristalino,  
tus inmensas llanuras, tus frondosas  
selvas que esquivan los humanos tratos,  
y hasta el profundo seno de tus mares  
desde que el sol en círculo diurno  
los ilumina todos a su turno;  
todos de criaturas a millares  
poblados viven, todos son testigos  
de su fraternidad, su paz amable,  
y del plácido amor dulces abrigos.

Sólo la especie humana miserable  
fomenta sin cesar falsos amigos,  
usurpadores, viles egoístas,  
y cuantos hombres, tantos enemigos.  
¿Quién pues conocerá sin que se asombre  
por justo rey del universo al hombre?  
Que si de un Dios la racional centella  
sobre los otros seres le hace digno,  
él la tuerce, la ofusca, abusa de ella,  
y sobre todos es siempre maligno.

Huye pues, húndete, piérdete luego  
en el seno profundo  
del espacio sin fin, piérdete, oh Mundo,  
abrumado de crímenes: la inmensa  
distancia oponga una muralla densa  
entre tu globo y mi vivir cansado:  
harto tiempo mis ojos han regado  
con lágrimas tu suelo,  
sin que jamás pudiese por consuelo  
llamar mío un terrón tan sólo en cuanto  
bañaba pobremente con mi llanto.  
Huye pues, o si no la ley potente

que al luminar del día te encadena,  
y en torno de él tu movimiento ordena,  
desfallecerse sientas; obediente  
cedas a su atracción; y derrocada  
caigas en el volcánico torrente  
de su masa inflamada.

Tal vez el Sol, el noble Sol acaso  
que contempló en Oriente tus maldades  
por tan largas edades,  
tal vez el Sol que las lloró en Ocaso,  
no brillará menos luciente y terso,  
si en tus cenizas venga al Universo.

Mi enérgico dolor a la terrestre  
esfera en tales voces se exhalaba,  
y de la luna aquel lugar silvestre  
en silencio parece me escuchaba  
con religioso espanto:  
tal vez aquellos solitarios huecos  
a sus felices ecos  
jamás oyeron revocando llanto.

Entonces ya mi ardiente fantasía  
de una ilusión en otra andaba errante:  
pensaba ver que a la plegaria mía  
se iba envolviendo en un vapor obscuro  
la imagen de la tierra antes brillante.  
Y que en la inmensidad del éter puro,  
como en profundo vértigo abismado,  
iban a aniquilarse confundidos  
tierras, mares, repúblicas, imperios,  
pirámides excelsas amasadas  
en llanto, en sangre y en sudor de esclavos:  
páramos lastimosos de indigencia  
alrededor de un punto de opulencia:  
y todos los padrones insolentes  
de la desigualdad de los vivientes.  
Ya el soberbio conjunto  
del ámbito del orbe  
era a mi vista un punto  
que el infinito del espacio absorbe.  
Contemplábalo yo: mas no insensible,  
que de la Humanidad el triste grito  
en medio a la catástrofe terrible  
hendiendo el aire a mis oídos llega:

y crueldad jamás fue mi delito.  
La tierna voz de la amistad que ruega,  
y en vano ruega, resonó en mi pecho,  
a cuyo amparo el corazón deshecho  
volar ansiaba y ¡ay desgraciado intento!

Que entonces mismo ¡oh blando amor! Tu acento  
de imperiosa dulzura,  
aquel a quien no hay ser, no criatura  
que desconozca, y de deleite llena  
tu ley no siga, y tu poder no adore;  
tu voz, Amor, saliendo lastimosa  
de aquella boca hermosa,  
órgano de placeres,  
que un tiempo se glorió llamarse mía,  
y por quien algún día  
yo me juzgué el primero de los seres,  
porque ella me juró que me quería  
la voz de Silvia flébil y doliente,  
la voz de Silvia ¡ay Dios! sonó en mi mente,  
y al punto el gran dolor con mano acerba  
el corazón me asalta y me comprime,  
me parte el alma y el valor me enerva,  
que por volar en pos de Silvia gime.

Cual suele el sueño, atribulando el lecho  
de algún mortal, fingirle estar delante  
de un enorme león, que centellante  
la corva garra le presenta al pecho,  
que ni a gemir ni a guarecerse acierta,  
abrumado del peso y la congoja,  
y al fin del lecho el infeliz se arroja,  
y entre sudor y convulsión despierta:  
tal me vi yo, cuando la angustia extrema,  
la conmoción de Amor súbitamente  
disipó los errores de mi mente;  
y la primera luz que en tal momento  
de la razón la antorcha luminosa  
prestó a mi corazón, fue el pensamiento  
de que por más que injusta y rigurosa  
persiga la desgracia a los mortales,  
«la amistad y el Amor son dos consuelos  
que nos dispensa en medio de los males  
la benigna influencia de los Cielos.»  
Mas ¡ay! que viendo luego cuan avara  
de mi mejor amigo,

de mi dulce Mauricio me separa  
la valla de los altos Pirineos,  
y de perfidia armada la belleza;  
sin esperanza, y casi sin deseos,  
me quedé abandonado a la tristeza.

A UNA DAMA QUE HABIÉNDOSE HECHO LEER POR EL AUTOR LA  
COMPOSICIÓN PRECEDENTE, MANIFESTÓ LA MAYOR SENSIBILIDAD AL  
ESCUCHARLA

Cuando te leí mi canto  
vi tu rostro al primer verso,  
y dije: «en el universo  
no se da más bello encanto.»  
Seguí leyendo, y en tanto  
vi llenarse de expresión  
tus ojos, y la pasión  
animar tu colorido.  
¡Caramba! dije corrido:  
más bello es su corazón.

A LA ENTRADA VICTORIOSA DEL GENERAL RICARDOS EN COLIUVRE

Pisa Ricardos la ciudad tomada,  
y entre el tropel de la vencida gente  
Febo divino, Marte armipotente,  
sale a también a celebrar su entrada.

Febo le toma la invencible espada,  
y con laurel eterno alegremente  
ciñe y enjuga la gloriosa frente  
de espeso polvo y de sudor bañada.

Contempla Marte al ademán bizarro,  
y al ver que resplandece en su semblante  
la gloria de Cortés y de Pizarro,

Alargole la diestra fulminante,  
e hizo montar en su soberbio carro  
al domador del Rosellón triunfante.

## LA COMPASIÓN

(Canto fúnebre: a la muerte del último Duque de Alba )

Triste llanto de amor, que las mejillas  
de amantes olvidados humedeces;  
y cuando en sus turbados ojos brillas,  
los elocuentes labios enmudeces;  
tú que del corazón las más sencillas  
penas pintar supiste tantas veces,  
la presente aflicción que me devora,  
triste llanto de amor publica y llora.

Lágrimas derramadas algún día  
sobre la flor de mis perdidos años,  
cuando inocente yo se la ofrecía  
a quien me dio tan duros desengaños:  
voces de mi exaltada fantasía,  
¡Siempre de amor proclamaréis los daños!  
¡No sabréis olvidar su infausta llama  
cuando de Albano el túmulo os reclama!

¡Siempre de la amistad los firmes lazos  
romperé, como débiles cabellos,  
para arrojarme ciego entre los brazos  
de quien sólo procura ahogarme en ellos!  
Caiga el yugo de amor hecho pedazos,  
que oprime tantos miserables cuellos,  
y sepa el corazón un tiempo amante  
palpitar de amistad en adelante.

Pero, dulce Amistad, único amparo  
del infeliz que en la miseria gime,  
olvidado de todos, siendo raro  
el que tu voz atiende y le redime,  
¿Nunca pisaré yo tu templo claro,  
jamás he de besar tus aras, dime,  
sino cubierto el corazón de luto,  
para darte de llanto algún tributo?

Mientras unos con súplicas votivas  
imploran tus benéficos enlaces,  
o gratos en tu altar cubren de olivas  
el manantial de sus eternas paces:  
¿Yo sólo del amigo que me privas,

yo sólo de los nudos que deshaces,  
del desgraciado injustamente Albano  
me quejaré? pero ¡infeliz! en vano.

Mas ¡ay! no fuiste tú; la Parca fiera  
le decretó sus bárbaros castigos,  
que la tierna Amistad jamás pudiera  
perseguir al mejor de los amigos:  
la muerte fue, que de su ley severa  
vio, con furor, librarse mil mendigos,  
próximos a morir en la indigencia,  
si no les diera Albano su asistencia,

Dime, Parca cruel, ¿cuándo cebaste  
la torva vista en la región de España,  
y sedienta de sangre rodeaste  
la seca mano a la fatal guadaña  
un soberbio siquiera no encontraste,  
un vil adulator que el mundo engaña,  
un ingrato, un avaro, un homicida,  
y no robarnos tan amable vida?

Mas como sólo tienes por destino  
el desolar este mortal destierro,  
cuantas flores adornan el camino  
segando vas con el lunado hierro;  
y cuando ves algún clavel divino,  
alguna rosa que el materno encierro  
rompe sobre las otras olorosa,  
adiós clavel, adiós fragante rosa.

Así yo me quejaba en mi retiro,  
absorto en la tristeza más profunda,  
como si oyera el último suspiro  
de la naturaleza moribunda;  
cuando improvisamente el cuarto miro  
que de una extraordinaria luz se inunda,  
y, sin ver de cual arte, hallé las puertas  
con sobrenatural impulso abiertas.

Tales prodigios vi; pasmado de ellos  
los ojos levanté llenos de espanto:  
cuando fijando en mí los suyos bellos,  
que ni los astros mismos brillan tanto,  
suelos con negligencia los cabellos  
por su garganta, y sumergida en llanto,

se presentó, con parecer de Diosa,  
una mujer tan triste como hermosa.

Lánguida majestad, belleza grave  
une en su rostro y femenino dulzura;  
y un no sé qué de altivo, que no sabe  
abatirlo la misma desventura:  
tal como la azucena, antes que acabe  
de marchitar el tiempo su blancura,  
de palidez se cubre, así es aquella  
prodigiosa mujer, pálida y bella.

Como un lucero, precursor del día,  
se acercaba hacia mí con paso lento:  
siempre nobleza y gracia descubría  
en su desfallecido movimiento:  
cuando llegó a la humilde alcoba mía  
se arrojó, suspirando, en un asiento,  
dejó tender los brazos en la falda,  
y acostó su cabeza hacia la espalda.

Puestos los tristes ojos en el Cielo,  
de su belleza natural retrato,  
como abismada en el amargo duelo,  
inmóvil se mantuvo largo rato:  
miraba yo entre tanto el negro velo,  
de su cuerpo gentil único ornato,  
que sus miembros de nieve a trechos cubre  
y a trechos con modestia los descubre.

Incorrupto laurel ciñe su frente  
envuelto a los cabellos crespos de oro,  
y coturnos dorados juntamente  
ciñen sus pies con trágico decoro:  
en la derecha mano el peso siente  
del instrumento de marfil sonoro  
con que supo inclinar a su deseo  
al infernal Plutón el dulce Orfeo.

En actitud tan bella suspendida  
se mostraba a mis ojos, semejante  
a la estatua a quien Júpiter dio vida  
por complacer al escultor amante:  
la compasión con el respeto unida  
embargaban mi acción, que vacilante,  
por mujer o por Diosa, no sabía

si consolarla o venerar debía.

Venció por fin al pasmo la ternura,  
que es de mi pecho antigua vencedora:  
¡oh, cuánto es infeliz la criatura,  
cuando el poder de la piedad ignora!  
El que no siente ajena desventura,  
y al ver en otros lágrimas no llora,  
la sensación más dulce no percibe  
que una alma generosa en sí recibe.

Llegué a sus pies turbado y temeroso:  
la Diosa, al adorar sus plantas bellas,  
sintió con la impresión del labio ansioso  
el calor de mis lágrimas en ellas;  
y volviendo del pasmo doloroso,  
dirigió las benéficas centellas  
de sus ojos a mí con tanta gracia,  
que para hablarla así prestome audacia.

«Mujer, en cuyo rostro soberano  
aun el dolor amable comparece;  
ángel del bello coro y que cercano  
al supremo Hacedor incienso ofrece,  
¿Qué quieres, di? ¿Cuándo al furor insano  
de sus gentes el mundo ya perece,  
vas a regar con llanto infructuoso  
el montón de sus ruinas lastimoso?

»Di, ¿qué maligna causa tan activa  
del infierno salió, que fue bastante  
a turbar de la paz la imagen viva  
en la serenidad de tu semblante?  
¿Quién del sosiego celestial te priva,  
y te conduce trémula y errante,  
cuando ves de los hombres la arrogancia,  
del más perverso de ellos a la estancia?

»Si el ver que el universo se extermina,  
y que desatendiendo los clamores,  
se desploma la cólera divina  
sobre sus corrompidos moradores,  
es la fatal y penetrante espina  
ocasión de tan íntimos dolores;  
de su desolación la causa mira,  
y volverás tu compasión en ira.



»Pero por esos ojos, que a este suelo  
dan la fertilidad, y que serenan  
las soberbias borrascas en el cielo  
cuando los vientos encontrados truenan:  
rasga a tu corazón el negro velo,  
y las desgracias que de horror le llenan,  
hoy manifiestas a mis ojos queden,  
si tal vista sufrir los míos pueden.»

La Diosa, al paso que mi voz atiende,  
serenarse su rostro parecía:  
dulce color de rosa en él se enciende,  
como en oriente al despuntar el día:  
al fin la generosa mano tiende  
para enlazar la vacilante mía,  
y con un triste y natural agrado  
me alzó del suelo, y me sentó a su lado.

Tres veces, suspirando, sus pupilas  
copias de su dolor fueron tan fieles,  
que en los mismos Nerones y los Silas  
aplacara los ánimos crueles.  
Luego se me fijaron más tranquilas  
al rasgar de su boca los claveles,  
que con pausado y débil movimiento  
así exhalaban el divino aliento.

«¡Oh tierra! ¡Oh mar! ¡Oh globo miserable!  
En el error y la ignominia envuelto:  
llegó el fatal momento irrevocable  
en que tu triste fin quedó resuelto:  
harto tiempo la diestra formidable,  
por verte de tus torpes vicios vuelto,

mantuvo en alto la brillante espada,  
siempre suspensa, y siempre provocada.

»Mortal, que por lo pobre y desvalido  
sin duda eres sensible al mal ajeno,  
¿cómo me desconoces, cuando he sido  
hospedada mil veces en tu seno?  
Yo, cual te lo demuestra mi vestido,  
y mi semblante de dolor tan lleno,  
un tiempo Melpómene fui llamada,  
ya soy la Compasión, aunque olvidada.

»Fue lamentar los males de la tierra,  
y convidar al llanto mi ejercicio:  
la paz amancillada por la guerra,  
y la virtud que huyendo va del vicio:  
no ya que de los hombres me destierra  
la soberbia, la envidia, el artificio;  
pues en vez de apiadarse los malvados,  
sólo viven haciendo desdichados.

»Prófuga, desvalida, y sin consuelo  
iba ya a abandonar la gente ingrata,  
cuando el benigno movedor del cielo,  
que ofrece el bien, y siempre el mal dilata,  
mostrome un corazón lleno de celo,  
por los que el hado rígido maltrata,  
tierno, sensible, afable, generoso,  
y grande al fin, porque era virtuoso.

»Si el triste marinero, a quien oprime  
soberbia tempestad, cuando más fiera  
brama la mar, el viento silba, y gime  
el encorvado mástil en que espera:  
cuando ya no hay remedio que le anime,  
a la luz de un relámpago se viera  
surto dentro del puerto en salvamento,  
no igualara su gusto a mi contento.

·»A mi vivo contento, que olvidando  
de los ingratos hombres el ultraje,  
al corazón de Albano fui volando,  
que siempre ser debiera mi hospedaje.  
Así al rumor del venatorio bando  
despliega la paloma su plumaje,  
y huyendo por las auras vagarosa  
en medio de sus hijos se reposa.

»Entonces respiré y enjuagué el llanto,  
al ocupar la producción más bella  
que animó al Criador, desde que el manto  
del cielo matizó con tanta estrella.  
Allí quiso fijar el templo santo  
de la virtud para mirarse en ella;  
y en el piadoso altar fijo en su centro  
es donde yo mi paz perdida encuentro.

»¡Oh con cuánto placer en aquel pecho  
los momentáneos años se pasaban,  
exhalando suspiros en provecho  
de los que en su presencia suspiraban!  
La humanidad cobraba aquel derecho  
que el poder y el orgullo le usurpaban,  
siendo el único título de Albano  
el de amigo leal y ciudadano.

»Mas ¡ay de mí! Que tan feliz reposo  
cedió a la ley de la inconstancia humana.  
Aunque de Albano el corazón piadoso  
me resguardaba a su codicia insana,  
buscábame con ojo rencoroso  
mi rival fiera la Impiedad tirana,  
y de la gratitud siguiendo el hilo  
halló por fin mi solitario asilo.

»Tiránico placer, funesto gusto  
por su espantoso ceño se derrama:  
maligna risa mueve el labio adusto,  
sonando al modo del León que brama.  
No mira el Ruiseñor con tanto susto  
tortuosa subir de rama en rama  
sierpe que devorarle el nido intenta,  
cual yo miraba a mi rival sangrienta.

»Yo te vi, soledoso albergue mío,  
destrozado te vi, como destroza  
con rápida creciente el raudo río  
de algún pastor la solitaria choza.  
Yo con suspiros quise al cuerpo frío  
infundir el aliento que no goza,  
sin reparar, cuitada, en el intento,  
que yo también estaba sin aliento.

»Como la flor que adorna el palpitante  
seno de una doncella delicada,  
prendida por la mano del amante,  
y por el labio de ella acariciada;  
que si la ve la madre vigilante,  
con celoso furor y mano airada  
la arrebata, la pisa, la deshoja,  
y ella con vivas lágrimas la moja:

»No de otra suerte el joven malgrado,

mientras suele fortuna más propicia  
en el seno de España colocado,  
él era su consuelo y su delicia:  
hasta que la Impiedad con ceño airado,  
ansiosa de que triunfe la malicia,  
en el sepulcro, exánime, le arroja,  
y España con sus lágrimas le moja.

»¡Albano, Albano! A ti te dio la suerte  
un don bien infeliz en la ternura,  
cuyo brillo a los ojos de la muerte  
te distinguió de la progenie impura:  
y como debe herir tu pecho fuerte  
el que ofender a la virtud procura,  
tu vida a los mortales tan preciosa  
víctima fue de la tremenda Diosa.

»¡Acaso al desplegar las pavorosas  
insignias del planeta furibundo,  
para no ver escenas lastimosas  
debiste, Albano, abandonar el mundo!  
O para no escuchar las dolorosas  
querellas del vencido moribundo,  
juntas del vencedor al alarido,  
que va a morir después sobre el vencido.

»Ni fuera tuyo ver campos desiertos,  
sangrientas y dobladas las espigas  
con el peso de tantos hombres muertos,  
y caballos que parten sus fatigas:  
ancianos y mujeres ir inciertos  
huyendo de las huestes enemigas,  
y de un solo soldado al movimiento  
perecer mutilados más de ciento.

»No pudiera sufrir tu noble pecho  
tal vista, tal furor, tales horrores;  
pero si descender al pobre techo  
de los necesitados labradores,  
donde tal vez en el angosto lecho  
padece de la fiebre los ardores,  
padre infeliz de su familia en medio,  
que sólo con llorar le da el remedio.

»Parece fuesen tuyas las desgracias,  
según la conmoción, la pena interna,

según las generosas eficacias  
con que le remediabas, ¡alma tierna!  
El enjambre de hijuelos te da gracias,  
y más que todos grata se prosterna  
la madre cuando al párvulo inocente  
presenta el pecho cándido y turgente.

»Entonces te vio el Sol en el ocaso  
saliendo de la mísera cabaña,  
a cuya baja puerta enfermo y laso  
aun el pálido padre te acompaña:  
tus rodillas abraza en cada paso,  
y con su llanto cada cual las baña;  
y se quedan mirándole perplejos,  
hasta que al fin te pierden a lo lejos.

»Con todo, ni sus votos inocentes,  
ni de tantas virtudes el encanto  
permitieron los hados inclementes  
que pudieran llegar al Cielo santo.  
Salió la robadora de las gentes  
contra la dulce causa de mi llanto,  
y quedó con tormento tan profundo  
viuda la Compasión, huérfano el mundo.

»Para el Sectario vil del Egoísmo,  
que oye gemir, y no conturba el ceño,  
se perderá tu nombre en el abismo,  
tu memoria será cual sombra o sueño;  
mas para el que, olvidado de sí mismo,  
respeto la desgracia, y halagüeño  
se llega, y la remedia por su mano,  
no morirás, no morirás, Albano.

»De estos apreciarás el justo lloro,  
no el odio de los ánimos feroces,  
a quienes Ambición con lengua de oro  
persuade tantos crímenes atroces,  
a quienes amistad, honor, decoro,  
viejas costumbres son, bárbaras voces,  
virtud el ocio, la mentira oficio,  
móvil el interés, ídolo el vicio.

»Todo lo roba el tiempo y desaparece  
al revolver de la voluble rueda;  
y de cuanto a los hombres envanece,

saber, fausto, hermosura, nada queda.  
La voz de la lisonja se enmudece  
cuando la vida al malhechor se veda;  
mas si muere el benéfico inocente,  
la voz de la verdad es elocuente.

»Ella y gratitud tu nombre eterno  
harán sonar, Albano, entre suspiros,  
mientras nos den su luz el sol superno  
y baja luna con alternos giros:  
sepultada la envidia en el Averno  
llorará la impotencia de sus tiros:  
y en la losa benéfico tu nombre,  
hará llorar, no horrorizarse al hombre.

»A Dios, que ya en el aire se columbra  
la rival que a mi daño se abalanza.  
Y ya su mismo fuego me deslumbra,  
y ya me rasga el manto con la lanza.  
¿Quién me dará el escudo que acostumbra  
a rechazar su bárbara pujanza?  
Faltó en Albano mi mejor encanto:  
¡Quién escuchará ya la voz del llanto!»

Diciendo así, su pálida figura  
con su voz en el aire se perdía:  
volvió a quedarse la mansión oscura:  
el corazón medroso me latía.  
Yo dudé si era sueño, o si locura;  
pero al amanecer del nuevo día  
vi que todos los tiernos corazones  
lloraban la verdad de estas visiones.

## CONTRA LA SEDUCCIÓN

### *Oda*

¿Adónde vas furtiva y tortuosa  
contra la yerba y flores arrastrando  
el pecho infame? ¡Oh sierpe venenosa!  
¡Cómo! ¿Hacia el lecho blando,  
que oprimen dulcemente adormecidos  
dos Esposos unidos  
cubiertos con el velo de inocencia,

silvas y arrastras tu fatal presencia?

Tiemblan los mirtos que les hacen sombra,  
como a los soplos de Aquilón sañudo  
al verte, oh monstruo; y con horror se asombra  
aquel emblema mudo  
del tierno amor, la tórtola inocente,  
que desde aquella fuente  
miraba silenciosa sus delicias,  
aprendiendo favores y caricias.

Túrbanse alrededor del casto lecho  
las frescas auras que antes amorosas  
le regalaban; mientras tú en acecho  
de en medio de las rosas  
el verdinegro cuello al aire libras,  
la aguda lengua vibras,  
y osas amenazar con mil martirios  
a los que de placer sueñan delirios.

Ellos ayer ciñéronse en el ara  
la nupcial venda, y se juraron fieles  
la mutua fe que el universo ampara.  
A sus ansias crueles  
el galardón de Amor disfrutaban ellos  
en estos lazos bellos:  
¡Y hoy quieres ver los bellos lazos rotos,  
y aniquilar, cruel, tan dulces votos!

No me oyes tú: que la virtud te irrita,  
te ensoberbece el ver dichas ajenas,  
y tu negrura a profanar te incita  
las blancas azucenas;  
armaste, en vez de halago y tierna gracia,  
de juvenil audacia,  
y el lascivo y sensual desasosiego  
en lugar del Amor te da su fuego.

Tranquilo duerme en tanto el par dichoso  
de sus goces soñando el dulce fruto,  
y tú de forma humana y rostro hermoso  
te revistes astuto:  
lloran la humanidad y la hermosura  
de verte en su figura  
y la inocente Esposa a sus gemidos  
abre los lindos ojos adormidos.

Y en ti los clava, en ti que al claro brillo  
te turbas; pero hinchándote orgulloso  
de que ya aquel mirar tierno y sencillo  
le robas al Esposo.

Suena la Seducción, nace el agravio  
de tu engañoso labio,  
cuyo veneno mancha el nupcial lecho,  
y de la honestidad salpica el pecho.

Rubor artificioso en tu semblante,  
llanto en tus ojos, y en tu voz suspiros  
hacen el fingimiento interesante.

Mas ¡cómo seduciros,  
oh Esposas puede el eco lisonjero,  
de afecto tan grosero,  
que aun sin haber cogido las primicias  
quiere partir con otro sus delicias!

Será que al son feliz de la victoria  
duerma el guerrero vencedor, la frente  
ceñida con el lauro de la gloria,  
y que haya un insolente  
que una hoja arranque a la corona bella  
para adornarse de ella,  
sin que la gloria desde lo alto clame  
ese es mi Esposo, ese es mi lauro, ¡infame!

Así vosotras, en beldad nacidas,  
de amor, de gracia y de atractivos llenas,  
para consuelo al hombre concedidas  
en sus amargas penas,  
pues vuestra posesión fue la ventura  
de la pasión más pura,  
¿Cómo podéis rendirla por despojos  
de tan impuros pérfidos arrojos?

¡Cómo hablará de Amor quien no lo siente!  
¡Cómo os adorará quien no os estima!  
¡Cuál suspiro será, cuál ansia ardiente  
que su pasión exprima,  
que ya no haya agotado en competencia  
la amorosa elocuencia  
del tierno Esposo que tenéis al lado,  
a confianza hermosa abandonado!



Él a su Esposa abandonó su suerte:  
su honor ciñó con tan amantes lazos,  
mirando sólo el brazo de la muerte  
por rival de sus brazos:  
tal vez el llanto de sus ojos brilla  
aún en vuestra mejilla:  
tal vez el tuya soy de vuestra boca  
aun por la selva el eco lo revoca.

¡Inútil voz! cuando la inicua lengua  
el adulterio os pintará inocente,  
porque ignorado del honor no es mengua.  
¡Oh ilusos! ¿y el torrente  
de amorosa ternura, el exclusivo  
rayo de afecto vivo  
correrá hacia otro pecho extraviado  
sin que lo sienta el corazón burlado?

¡Un amante ignorar cuando le extrañan  
del alma que antes solo poseía!  
¿Así los ojos del Amor se engañan!  
Descubrir la alegría  
sobre el culpado rostro de la Esposa  
turbada, artificiosa,  
de sus brazos sin fuerza las cadenas,  
y frío el corazón latiendo apenas...

¡Ay! harto pronto el bárbaro delito  
leerá el triste en el semblante amado,  
y en él su oprobio y su infortunio escrito.  
De Furias devorado  
verá erizarse en monstruosos vicios  
y horrendos precipicios  
de su antiguo soñar la senda amena  
de amor, un tiempo, y de deleites llena.

La atroz venganza en el hirviente pecho  
rugiendo al punto abortará fracasos:  
ya no el Amor, el parricidio al lecho  
conducirá sus pasos:  
cubrirán su razón con sordos velos  
los implacables celos:  
y el lecho, acaso, inundará igualmente  
con la sangre culpada la inocente.

Mas si un error feliz en la desgracia

fascinare al Esposo, siendo entonces  
mayor que su candor vuestra falacia:  
si con pechos de bronce  
ofrecéis a sus besos paternos  
los frutos criminales,  
y con escarnio veis que los abraza,  
aun cuando un odio interno los rechaza:

alza y ved: la bóveda celeste  
poblada está de soles, su tamaño  
no alcanzáis, ni su luz quien se la preste;  
podrá un odioso engaño  
a un infeliz burlar; mas no a los ojos  
que hacen que en sus enojos  
los raudos vientos por las selvas zumben,  
y que los Cielos cóncavos retumben.

## MIS DESEOS

### *Soneto*

Si Dios omnipotente me mandara  
de sus dones tomar el que quisiera,  
ni el oro ni la plata le pidiera,  
ni imperios ni coronas deseara.

Si un sublime talento me bastara  
para vivir feliz, yo lo eligiera:  
¿Mas qué de sabios recordar pudiera  
a quien su misma ciencia costó cara!

Yo solo pido al Todopoderoso  
me conceda propicio estos tres dones,

con que vivir en paz y ser dichoso:

un fiel amigo en todas ocasiones,  
un corazón sencillo y generoso,  
y juicio, en fin, que rija mis acciones.

## CONSEJOS A UN MILITAR

*Soneto*

Si por la noble senda del Dios Marte  
subir quisieras al templo de la Fama,  
y arrebatár allí la verde rama  
que la envidia jamás podrá quitarte:

Es fuerza, oh Blanco, a los estudios darte,  
pues en las glorias a que el Dios te llama  
no sirve ya el valor que el pecho inflama,  
si no lo templa y modifica el arte.

Es bien que por modelo te presentes  
de altos varones la inmortal caterva  
que en letras y armas fueron excelentes.

Pues el lauro que Marte se reserva,  
para darlo por premio a los valientes,  
se lo da por la mano de Minerva.

AL BUSTO DE SU AMIGO D. FRANCISCO SOLANO, CUYA ACTITUD ES ESTAR  
MIRANDO CON INTREPIDEZ

¿Qué estás mirando? -El numen de la gloria.  
¿Qué le pides? -La muerte o la victoria.

AL BUSTO DE LA SEÑORA RITA LUNA EN CALIDAD DE TRÁGICA

Si algún mortal tan insensible vive  
que de esa tu expresión siendo testigo,  
dolor igual al tuyo no recibe:

No le pidas al Cielo otro castigo,  
mas que el mismo rigor que le prohíbe  
el dulce bien de suspirar contigo.

A PRÓSPERO

*Epístola*

Fija en el claro Sol audaces ojos

la reina de las aves sin espanto,  
y el padre de las luces sus arrojados  
perdona, y su calor mitiga en tanto:  
yo, Próspero, que a vos en versos flojos  
y con musa infeliz mi voz levanto,  
si en vos un sol benigno no brillara,  
amistoso fomento no esperara.

Pero viendo cuán mansa se desliza  
de vuestros beneficios la corriente,  
que todo lo fecunda y fertiliza,  
y es vuestro corazón su dulce fuente  
el mío sus temores tranquiliza.  
Y un rato os pide levantéis la mente  
de discordias de pueblos y naciones,  
para compadecer mis aflicciones.

Ellas son tantas, Próspero, que apenas  
les igualan tus prendas singulares,  
que es más que numerar cuantas arenas  
cubren el vasto fondo de los mares:  
óyelas, pues, en tanto que refrenas  
el furor de disturbios populares,  
y que esgrimes la espada vengativa,  
sin apartar los ojos de la oliva.

Y mientras descansando del trabajo  
gozas la perspectiva amena y tosca  
de las frondosas márgenes del Tajo  
por donde el bello Brillador se embosca  
y el animal, soberbio de ir debajo,  
ensancha la nariz, el cuello enrosca,  
el ojo brota fuego, el labio espuma,  
y con herrado pie la tierra abrumba.

En tanto que los céfiros suaves  
andan volando en torno de tus sienas  
por librarte un momento de los graves  
cargos que en la memoria siempre tienes:  
en tanto que las flores y las aves  
y las aguas se dan los parabienes  
por verte reposando en medio de ellas,  
abre tu corazón a mis querellas.

No fue la inclinación del genio mío  
el ejercicio duro en que me veo,

que ya desde la infancia el hado impío  
se ensayaba en torcerme mi deseo;  
viendo yo que oponerse al poderío  
de la fortuna es loco devaneo y  
a Dios diciendo a mi nativa choza,  
entré en las naves que la mar destroza.

Apenas vi tender los anchos linos,  
y con la corva quilla apenas toco  
los amargos y pérfidos caminos  
que se abrió la ambición del hombre loco;  
pensé dejar los fugitivos pillos,  
y mientras lo pensaba, poco a poco  
me iba engolfando ya en los mares altos,  
donde una nube da mil sobresaltos.

En tanto el aire empieza a obscurecerse,  
la luna entre celajes a ocultarse,  
los montes en las olas a esconderse,  
las olas en los cielos a estrellarse;  
comienzan los bajeles a no verse,  
y en la salobre espuma a revolcarse,  
la obscuridad alterna con la llama,  
el cielo arriba, el mar debajo brama.

No bastan del marino los arrojos  
contra el furor del piélago terrible,  
que pronto de la nave los despojos  
nadando van por la extensión movable:  
sin morir ven la muerte ante sus ojos.  
¡Oh Dios! ¿Por qué me diste tan sensible  
un corazón que destinabas antes  
para ver padecer mis semejantes?

¡Tú en cuyo pecho late el más humano,  
Próspero, de los grandes corazones!  
¡Oh bien feliz, pues tienes en tu mano  
sentir y remediar las aflicciones!  
Que yo, al mirar cayendo al golfo insano  
la flor de las marítimas regiones  
desde las altas popas del gran Carlos,  
no pensaba en salvarme por salvarlos.

Calma la mar, aplácense las olas,  
purifícase el aire, y los bajeles  
quietos se ven como la cierva a solas

cuando ya no la signen los lebreles:  
hiriendo en las banderas españolas  
el Sol las manifiesta a los infieles,  
que al Sur habitan del lugar por donde  
vendió a la España el vengativo Conde.

Opuesto allí a los bárbaros Marruecos,  
de Ceuta las murallas abrigando,  
a mi pecho asestados vi los huecos  
bronces que escupen el metal bramando:  
¡Miseria humanidad! en mí tus ecos  
el fanático honor estaba ahogando,  
y mil globos de muerte despedidos  
sentí pasar silbando en mis oídos.

La suerte de las armas por la orilla  
del africano mar luego me lleva,  
de do vieron en frágil navecilla  
Marte y Neptuno mi constancia a prueba:  
si la vida salvé, no es maravilla,  
que la Parca jamás su furia ceba  
en quien desde su mismo nacimiento  
muere al placer, y vive al sentimiento.

Entre tanto el Monarca del Abismo  
con ambas manos el bidente aferra,  
y excediéndose en cólera a sí mismo,  
lo estribó contra el globo de la Tierra:  
a su choque el Ibérico heroísmo,  
que del Árabe sufre eterna guerra,  
vio desplomarse a Orán sobre sus hombros,  
y volvió a renacer de los escombros.

Triste ilusión, Señor, mi fantasía  
perturba, y viene a envenenarme el estro:  
¡Ah! perdonad si escaso de alegría  
pinturas melancólicas os muestro:  
pues el mortal a quien el cielo envía  
un corazón sensible como el vuestro,  
halla escondido en la tristeza un gusto  
que nunca prueba el alma del injusto.

Veo rasgarse del Olimpo el velo,  
y el Ser supremo en el enojo mismo  
con que precipitó del alto cielo  
al Querubín rebelde en el abismo:

de Orán temblando el conturbado suelo  
al iracundo ceño del Altísimo,  
y el orbe todo en general desmayo  
al ver bajar de su venganza el rayo.

Rompiendo la región del Éter puro,  
rápido centellante el rayo parte:  
no hay astro que al pasar no deje obscuro,  
color de sangre en todos se reparte:  
Cayó en la Tierra, y con el choque duro  
su globo taladró de parte a parte;  
y penetrando hasta el Tartáreo Averno,  
fue a herir en la cabeza al monstruo eterno.

Alzó Luzbel la frente condenada  
a dolorosa y sempiterna pena,  
y echó al Empíreo trono una mirada  
de rabia y de maligna envidia llena.  
Mas viendo la fatal sentencia dada  
que la desolación de África ordena,  
tal gusto percibió, que su contento  
calmó por un instante el gran tormento.

Lanzó del pecho un espantoso grito  
para expresar sus infernales gozos,  
y el eco en las cavernas del Cocito  
descerrajó los negros calabozos.  
Acerbos vengadores del delito,  
ministros de los bárbaros destrozos  
viniéronle a cercar, jurando fieles  
ejecutar sus órdenes crueles.

Cercaban a Plutón tropas feroces  
de varias monstruosas criaturas,  
que con el son confuso de sus voces

asordaban las bóvedas oscuras.  
Mil vampiros horribles, mil atroces  
larvas de colosales estaturas,  
mil hambrientas arpías, y legiones  
de esfinges hediondas y dragones,

y entre mil varios monstruos que han nacido  
en los cobardes pechos de hombres flojos,  
que vencerse a sí mismos no han podido,  
ni poner justo freno a sus antojos;

la Soberbia llegó con cuello erguido  
brotando vivo fuego por los ojos,  
colérica, espumante y amarilla  
al lado de Plutón plantó su silla.

Ella prestó la fuerza ruinosa  
al bidente infernal que hizo tu estrago,  
¡Mísera Orán! Tu imagen lastimosa,  
la crueldad de aquel momento aciago  
nunca sobre mi mente se reposa  
sin parecerme que en el aire vago  
se oyen los alaridos, los lamentos  
de los que sepultaron tus cimientos.

Pronto en su ayuda el Galeón navega  
favorecido de ambos elementos,  
que el hombre a las desgracias siempre llega  
tan pronto como tarde a sus contentos:  
aún la trémula Tierra no sosiega,  
antes en convulsivos movimientos  
hace temblar los muros quebrantados,  
pero no el corazón de los soldados.

Yo disfruté el deleite que más debe  
lisonjear el corazón humano,  
dando a los infelices, aunque leve,  
el socorro primero de mi mano.  
Era en el tiempo ya cuando se atreve  
a insultar su desgracia el Africano,  
que para consolarlos de sus penas  
les presentaba bárbaras cadenas.

Mas no las toleraban en sus cuellos  
los fuertes defensores de la Plaza,  
ni el pavor que infundir no pudo en ellos

el terremoto, infunde la amenaza:  
su valor señalaron en aquellos  
hechos, que nunca el tiempo despedaza,  
que tuvieron a raya al enemigo,  
y de que yo también seré testigo.

Pero ya me conduce la risueña  
fortuna a los momentos de mi vida  
en que me pareció más halagüeña;  
y ya mi navecilla, dirigida



por soberanas órdenes, me enseña  
los mares que primero a su salida  
las luces ven del sol, cuando con ellas  
alumbra al mundo, ofusca las estrellas.

Siempre llamé felices las tareas  
del que viaja el mundo; y no os asombre,  
que el hombre rectifica sus ideas  
cuanto más se compara con el hombre;  
y aunque pasé más riesgos que de Eneas  
cuenta el que memorable hizo su nombre,  
esperanza los sustos borrar sabe,  
como en el agua el surco de la nave.

En aquella región voluptuosa  
donde la Europa al Asia se avecina,  
donde una y otra ostenta de envidiosa  
cuanto tiene de bella y peregrina,  
alza la frente antigua y orgullosa,  
desafiando al tiempo, Constantina,  
y sus torres tan altas se levantan,  
que las nubes en ellas se quebrantan.

Tal es la capital del Turco Imperio,  
soberbia, rica, innumerable en gente:  
donde gime en perpetuo cautiverio  
la que reina en Europa dulcemente;  
donde cubren las nubes del misterio  
los más hermosos soles del Oriente;  
y donde hasta el placer es un vasallo  
¡Brutal placer! del dueño del Serrallo.

Fuera abusar, Señor, de la paciencia  
con que estáis tolerando mis locuras  
en las calles pintar la concurrencia

de trajes, de idiomas y figuras;  
como la mezquindad y la opulencia  
que a vista de las dos arquitecturas  
la ignorancia presente ofrecen luego,  
mezclada a lo mejor del genio Griego.

Mis penas, no mis gustos, el motivo  
son, Señor, de acogerme a vuestro amparo;  
y solo alguna vez el bien describo

porque hagáis en el mal mayor reparo.  
Ya os pinté con un rasgo fugitivo  
aquel conjunto prodigioso y raro;  
ahora veréis, Señor, entre qué sustos  
disfruta un infeliz sus breves gustos.

Bien sea de moradores la abundancia  
que al exceso la atmósfera calientan,  
o la supersticiosa vigilancia  
con que enjambre de perros alimentan;  
o en sus enfermedades la ignorancia  
con que en vez de curarse las aumentan,  
funesta peste eternamente sopla  
dentro de la infeliz Constantinopla.

Vuelan exhalaciones de veneno  
por el aire, y aquel que las respira,  
aunque esté de salud y fuerza lleno,  
sin fuerza y sin salud al punto espira:  
el hijo muere en el paterno seno,  
y el contagio fatal al padre inspira,  
él muriendo a la esposa lo transfiere,  
y ella también con su familia muere.

Óyense por las calles los profundos  
suspiros de los míseros infestos;  
griegas en cuyos rostros moribundos  
se ven de Amor los malogrados restos,  
muriendo entre los negros más inmundos,  
que el alma dan entre horrorosos gestos,  
y la vejez que trémula se angustia  
junto a la juventud pálida y mustia.

Crece la mortandad, crece el estrago  
en los extremos fríos y calores;  
yo fui cuando la Tierra vuelve en pago  
frutos al labrador de sus sudores,  
y a cada instante envuelto en el amago  
de la suerte común, con mil temores  
atravesaba las infestas tropas  
huyendo del contacto de sus ropas.

La vida libérté que el alto Cielo  
la reserva tal vez para testigo  
de la prosperidad y del consuelo  
que dais a quien se acoge a vuestro abrigo:

no libre de salud, que el vivo celo  
con que en bien de la patria me fatigo,  
llevó a mi juventud lo más robusto,  
como cuando se seca un tierno arbusto.

Pero vos, cuya mano vencedora  
arrebató la venda a la Fortuna,  
obligándola a ser admiradora  
de vuestras bellas prendas una a una,  
arrancadle la presa que devora  
con pertinaz tesón desde la cuna  
y en vez de una deidad tan inconstante  
vos seréis mi Fortuna en adelante.

## LA TEMPESTAD Y LA GUERRA O EL COMBATE DE TRAFALGAR

### *Oda*

Cantar victorias mi ambición sería;  
pero sabed que el Dios de la armonía,  
dispensador de gloria,  
el volver de Fortuna en poco estima,  
y sólo el valor ínclito sublima  
con inmortal memoria.

Ved aún brillando aquellos en su templo,  
que vieron las Termópilas ejemplo  
de varonil constancia;  
y los que sucumbieron, no domados,  
bajo los tristes muros abrasados  
de la infeliz Numancia.

Hay a quien de la cuna alza el destino  
para llevarle siempre por camino  
de dóciles laureles:  
las dichas van volando ante sus pisos  
y en manos de ellas pierden los acasos  
sus espinas crueles.

Héroes, si ya no Dioses, el inmenso  
vulgo los clama; mas en tanto incienso  
yo mi razón no ofusco;  
y de Belona en el dudoso empeño,

donde muestra Fortuna airado el ceño,  
allí los héroes busco.

¡Oh constancia! ¡Oh del alma ardiente brío!  
Tiende la inmensa vista, excelsa Clío  
por esos mares vastos;  
tiéndela, que a pesar de hados malignos,  
nunca la habrán parado hechos más dignos  
de tus gloriosos fastos.

Mira, en baldón de Gades opulenta  
levantarse la Furia más sangrienta  
de los sellos oscuros;  
y de su ávida mano, al mar lanzadas  
las Calidonias selvas, transformadas  
en fluctuantes muros.

Su envidia es la ciudad de Hércules bella,  
que en las puertas atlánticas descuella,  
teniendo al mar a raya,  
en ondas que postrándose a su frente,  
llegan, cargadas de oro de Occidente,  
a enriquecer su playa.

¡Qué de ministros vendes a su encono,  
Anglia infecunda, de las nieblas trono,  
campos que el sol no mira,  
que, en sonrisa falaz, Flora reviste  
de estéril verde, en que la flor es triste,  
y Amor sin gloria espira.

Hidrópicos de aurívoro veneno,  
al monstruo de codicia abren el seno  
contra la gloria hispana,  
cuando en horrendas máquinas de muerte  
hasta el precioso fruto se convierte  
de la comarca indiana.

De su armada, que en vano el mar rechaza  
al cielo, o con abismos amenaza,  
hacen soberbia muestra:  
no lo sufrís, alumnos esforzados  
de los Bazanes, y de ardor llevados,  
lanzáis al mar la vuestra.

Y cual de opuestos vientos acosados

cruzándose ennegrecen los nublados  
las etéreas campañas,  
y conturbando al mundo en su bramido,  
disputándose el eléctrico fluido,  
ferviente en sus entrañas.

Tal, de ambas partes la batalla llega,  
y las alas flamígeras despliega,  
y nave a nave cierra,  
y libra ¡oh día de infeliz renombre!  
cuatro elementos juntos contra el hombre,  
en brazos de la guerra.

¡Quién, entre torbellinos de humo denso,  
que a las iras de Marte, en digno incienso,  
mandan cóncavos bronces,  
de férreos rayos el silbar sin cuento,  
y el ruido, que desquicia el firmamento  
De sus eternos gonces;

¡Quién, de llamas y sangre en tanto lago,  
mástiles estallantes y alto estrago  
de derrocadas moles,  
quién, al triste fulgor que el cuadro alumbra  
vuestros sangrientos rostros no columbra,  
oh jefes españoles!

Impávidos, de rojo humor teñidos,

o de sulfúreo polvo ennegrecidos,  
terribles, como en ciego  
combate de sacrílegos gigantes,  
de los Dioses los fúlgidos semblantes,  
entre nubes de fuego.

ronca voz vuestro coraje entona  
el metálico grito de Belona,  
que al combatiente inflama:  
ni se teme mortal cuando a sus ojos,  
de hirviente sangre ve raudales rojos,  
que él mismo al mar derrama.

Cuájase en hierro el aire, y se convierte  
cada átomo en un dardo de la muerte;  
cuyo enorme esqueleto,  
gozoso, en medio al golfo se levanta,

viendo ejercerse allí, con furia tanta  
su asolador decreto.

¡Oh cual de juventud las flores siega,  
oh a perpetuo dolor la vida entrega!  
A un brazo mutilado  
sucede el otro a la venganza presto,  
oh dura aún a pie firme el cuerpo inhiesto,  
de su cerviz privado.

Mas ¡ay! que allí clara columna sube  
de fuego al viento, y entre humosa nube  
desplómase al abismo  
cuerpos, cabezas, armas y maderos,  
y brazos, que aún no sueltan los aceros  
que empuñó el patriotismo.

Gime al estruendo el Trafalgar convulso,  
tiembla el Olimpo, cual si a duro impulso  
de bárbaros Titanes  
nadando ardiendo fueran por las aguas  
de Etna y Vesubio las hirvientes fraguas,  
y a un tiempo mil volcanes.

De espanto estremecidos los voraces  
monstruos del mar agólpanse fugaces  
hacia el hercúleo estrecho;  
de horror el cielo en nubes se encapota,  
y de escándalo al mar bramando azota  
el aquilón deshecho.

Y de su misma cólera espumosa  
nace la tempestad, de desastrosa  
noche fatal presagio;  
Marte a su aspecto enfrena el alarido;

Scila y Caribdis alzan el ladrido,  
númenes de naufragio.

A devorar los desperdicios tristes  
de hierro y fuego, rápidos vinisteis  
cual rayo, olas y vientos:  
¡oh noche, quién podrá expresar tu espanto!  
¡Quién tu aflicción conmemorar sin llanto!  
¡Quién contar tus lamentos!

Ceden, en fin, al elemento amargo  
naves, que domellaron tiempo largo  
sus furores altivos:  
los hombres se hundén, y por siempre ansioso  
se cierra el cauce del sepulcro undoso,  
donde descienden vivos.

Minerva ¡oh! Salva al que, en mejor fortuna,  
hasta el lecho del sol desde la cuna  
¡surcó el terráqueo giro!  
¡Urania, a aquel tu confidente, auxilia!  
Amor ¡ay! ¡vuelve a una infeliz familia  
de ese el postrer suspiro!

¡Tristes! ¡Nadando hacia la patria amada  
¡Y ella esquivarse en Sirtes erizada,  
que las olas esconden,  
y la muerte descubre! Y a las voces  
de los míseros náufragos, feroces  
ellas solas responden.

Jamás el tiempo eslabonar podría  
noche más dura a más horrible día;  
pero en tanto conflicto,  
quien tales hados superó constante  
¿Dónde hallará peligro que quebrante  
su corazón invicto!

¿Donde? ¡Oh Clío!... Mas tú de horrores tales  
con buril de oro, en tablas inmortales  
libras de olvido el daño;  
escribes, y la fama los publica,  
nombres que el eco Olímpico replica,  
Gravina, Álava, Escaño.

¡Y cuántos más, que de mi voz suprime  
el mismo amor que en mi memoria gime!  
¡Oh Cosme!... ¡Oh dura suerte!  
Dadle eterno laurel, hijas de Apolo,  
que a un amigo infeliz le cabe solo  
darle llanto en su muerte.

Crisol de adversidad claro y seguro  
vuestro valor probó sublime y puro,  
¡Oh marinos hispanos!  
broquel fue de la patria vuestra vida,

que, al fin, vengada y siempre defendida  
será por vuestras manos.

Rinda al León y al Águila Neptuno  
el brazo tutelar, con que importuno  
y esclavo al Anglia cierra;  
Y ella os verá, desde las altas popas,  
lanzar torrentes de invencibles tropas  
sobre su infausta tierra.

Básteos, en tanto, el lúgubre tributo  
de su muerto Adalid, doblando el luto  
del Támesis umbrío;  
que si, llenos de honrosas cicatrices,  
se os ve, para ocasiones más felices,  
reservar vuestro brío,

Sois cual león, que en Líbico desierto,  
con garra atroz, del cazador experto  
rompió asechanza astuta,  
que no inglorioso, aunque sangriento y laso,  
temido sí, se vuelve paso a paso  
a su arenosa gruta.

Lisonjeras ilusiones sobre la restauración de nuestra marina; y exhortación a los que se  
hayan de poner a su frente a imitar el valor, y la práctica firme y dura en los trabajos de  
mar, de los antiguos almirantes Roger de Lauria y don Juan de Austria

### *Oda*

¿Qué soberana voz de pompa llena,  
oh Musas, embelesa mis sentidos?  
Os pido aliento, y suena  
canto armónico vuestro en mis oídos!  
Deseos atrevidos  
Danme a pulsar la desusada lira,  
y antiguas glorias, que aun el orbe admira;  
de España renovar con dulce canto:  
mas ay que el vuestro en tanto  
ser debido me acuerda a asuntos tales  
plectro divino, y labios inmortales.

Álzase de las márgenes de oriente  
vuestra voz celestial; y al par con ella  
se alza de Venus bella,



dulce a la Iberia, la argentada frente:  
no como astro luciente,  
que los pasos del sol precede y guía;  
sino en gentiles formas, cual solía  
poblar los bellos bosques de Citeres  
de amores y placeres;  
oh desnuda en la lid dejar mortales  
de amor al juez, de envidia a sus rivales.

Y ella apenas las ondas de esmeralda  
raya con tierna planta, y ya las frentes  
de las Gracias rientes  
salen brillando en celestial guirnalda.  
¡Oh cual su linda espalda  
al matutino rayo ya blanquea!  
¡Oh cual despierta el mar y centellea!  
¡Cuán cerca escucho, oh musas, vuestras voces!  
Los céfiros veloces  
las llevan a los huecos silenciosos,  
y aves y ecos responden sonorosos.

No sólo vuestra voz, mas vuestro coro  
descubro ya; y a Urania la primera  
que del sol la carrera  
trazando va con su compás de oro:  
majestad y decoro  
la dan en manto azul áureas estrellas:  
siguen las otras sus divinas huellas:  
Terpsícore concierta el noble paso  
con que de oriente a ocaso  
os deslizáis; y Clío al labio lleva  
la trompa que al Olimpo al héroe eleva.

Arde el cancel solar, y de repente  
cuatro caballos cándidos, que admiro  
del sol soberbio tiro,  
saltan la valla del dorado oriente.  
¡Oh cual marchan de frente  
por encima de nubes brilladoras!  
¡Cual los enfrenan las fugaces horas!  
Las trenzas de ellas, y las crines de ellos  
dando vislumbres bellos,  
al juego de las Auras que delante  
vuelan del carro rápido rodante.

Del cual, en pie, sobre la excelsa cumbre

descubro al joven de inmortal belleza,  
cuya rubia cabeza  
al orbe enciende en vividora lumbre;  
y si hace se deslumbre  
la humana vista al verle cada día,  
¡Qué será cuando lleno de alegría  
con desusado brillo se presenta,  
y su pompa acrecienta  
de Gracias, y de Musas con el coro,  
que le abren paso entre celajes de oro!

«¡Oh premiador del mérito ignorado!  
»Apolo, tú en la forma tan gallarda  
»que a eternos siglos guarda  
»de Belvedere el mármol animado,  
»no vienes hoy armado  
»del dardo con que humillas la arrogancia  
»al dragón de la envidia o la ignorancia;  
»sino en la diestra alzando un estandarte,  
»que vio pálido Marte,  
»y en que triunfan las quillas españolas  
»del viento audaz, y las falaces olas.»

¡Y es tu respuesta celestial sonrisa!  
Y sólo a embelesarme preparada  
Caliope, sentada  
en nacarada nube, se divisa.  
Su cítara me avisa  
del canto con preludio armonioso;  
»y ¡oh instante para España venturoso  
»canta la musa el día en que se acuerde  
»que el mar la abarca y sin el mar se pierde!  
»y si animosa al mar tu gloria fías,  
»oh Patria, tú serás la que solías.

»Altos designios de ventura el cielo  
»al constante español propicio inspira;  
»pues viendo cual conspira  
»de naciones rivales el anhelo  
»por ceñirle a su suelo,  
»hoy la devuelve la feliz bandera  
»que guió a nuevos mundos su carrera;  
»preclara con hazanas tan brillantes  
»de bravos Almirantes;  
»cuya insignia de mando soberano  
»es la que el Dios de luz alza en su mano.

»Ese es el estandarte con que pudo  
»Roger de Lauria con gloriosa bríos,  
»de ominosos navíos  
»dejar el vasto mar desierto y mudo:  
»y puesto en pie, y sañudo  
»cual un marino dios, en la alta popa,  
»sin orden de mi Rey, dijo, en Europa  
»no salga al mar ni un solo mástil... ¡cómo!  
»ni el escamado lomo  
»los peces mismos asomar se atrevan,  
»si en él las armas de Aragón no llevan.

»Esa la noble insignia, que en Lepanto  
»astro de muerte fue, sombra importuna  
»a la otomana Luna,  
»que la eclipsó en rubor, sangre y espanto:  
»y el joven de Austria en tanto,  
»cual viento que ante sí nubes aleja  
»y azul el cielo a sus espaldas deja,  
»así posterga el líquido elemento  
»pavoroso y sangriento,  
»y trémulas huyendo van delante  
»mil naves del intrépido Almirante.

»Es cometa esplendente, que perdido  
»por el inmenso espacio un tiempo ha andado,  
»y el cielo ha decretado  
»vuelva a brillar de nuevo esclarecido.  
»Con odio envejecido  
»de la discordia aún duran los furores  
»cubriendo el mar de velas y de horrores;  
»las Ninfas de ambos mundos, tan queridas,  
»quieren ver desunidas,  
»y con ausencia bárbara amenazan  
»a las que en lazos de cristal se abrazan.

»Es abrigo a las palmas de victoria,  
»que libres las marítimas campañas  
»harán de ambas Españas:  
»es el padrón de la marina gloria:  
»del templo de Memoria,  
»donde era pabellón ese estandarte  
»al joven de Austria emulación de Marte,  
»Febo lo brinda a la atrevida mano  
»del primer héroe hispano:

»que audaz y sabio a un tiempo en los bajeles  
»sepa de Marte acumular laureles.

»Suceda a tantos héroes en el mando  
»y de la Iberia al enemigo asombre,  
»el digno, cuyo nombre,  
»remoto esté en la historia resonando.  
»y en las naves llevando,  
»los fueros de su patria y de sus reyes,  
»dicte al inmenso mar tan dulces leyes,  
»que sentado en la popa el navegante  
»del inerme navío,  
»cual de su patria por seguro río,  
»atraviase cantando el mar de Atlante.

»Ya de Mercurio los lucrosos tratos  
»protegerá sobre las aguas Marte:  
»y ya no serán parte  
»del duro isleño bélicos conatos,  
»ni alevos desacatos  
»a usurpar o impedir los mutuos dones  
»que se hagan las marítimas regiones,  
»ni el bien turbar que en su amistad se encierra,  
»siendo rayo en la guerra  
»no menos que de paz astro benigno.  
»Musas, cantad el favorable signo.»

Cesó la Musa; y le responde en coro  
el claustro celestial con canto llueve;  
tremolado por Febo  
rayos despide el estandarte de oro.  
Yo, que entre tanto ignoro  
quien serás Tú, merecedor del verso,  
que valeroso elevarás mi día  
a tan alto esplendor la patria mía,  
sólo pido al Autor del universo  
ver no me niegue el venturoso oriente  
en que alzando el tridente  
hagas del mar que nuestras costas baña  
campo eterno de glorias para España.

## LA PIEDAD FILIAL O EL RESTABLECIMIENTO

*Cantata*

Amelia, Esperanza, Consuelo

AMELIA

Con ecos de dolor ¡oh Dios! ¿qué nueva  
suenan en mi corazón? ¡Mísera Amelia!  
¿Quién tu constancia prueba  
con golpe tan fatal? Pálidos veo  
los rostros de mis hijos,  
que en su madre infeliz los ojos fijos  
miran y lloran. ¡Ah! tal vez los tristes,  
de terribles presagios acosados,  
de esta madre en el rostro hallar anhelan  
consuelos ¡ay! que de mi pecho vuelan.

Vuelan bien lejos ¡sí! que mi ternura,  
mi amor mismo ingenioso en darme penas  
cuanto veo en anuncios me convierte  
de amargura y dolor... Mas ¡ay! ¿qué miro?  
Lóbrega nube enluta  
el paternal albergue; conturbado  
temblar parece el firme pavimento,  
rásgase al par la matizada alfombra,  
y de la muerte la amarilla sombra  
álzase del abismo al pie del lecho  
y los lívidos ojos  
y los pálidos brazos revolviendo,  
con uno amaga hacia el sepulcro helado,  
con otro al cuello de mi padre amado.

¡Ay infeliz! Tente, cruel, no acabes  
la ejecución de un golpe tan terrible;  
de esta familia ídolo y padre a un tiempo  
respetas en él: ¿no sabes  
que el placer y la vida de estos hijos  
en esa sola víctima se encierra?

¿Quieres cubrir de lágrimas la tierra?  
¡Ah! que a mi triste voz no te conduces;  
antes más irritada sus crueles  
angustias atosiga con tu aliento:  
a tu maligno ardor dobla la frente  
el moribundo anciano: junto al lecho  
hijos y siervos tu clemencia imploran,  
y las virtudes desoladas lloran.

¡Cielos, lo consentís! ¡Serán despojos  
de la Parca feroz las claras prendas  
que a Elfridio adornan! Sí, que la inhumana  
mas que de vidas de virtud sedienta,  
los ojos apacienta  
en las tumbas de Eloísa y Abelardo;  
y nunca sacia su rencor profundo  
mientras un tierno amor le quede al mundo.

*Aria*

Robará la Parca odiosa  
a este pecho su delicia:  
que la flor más olorosa  
más excita la codicia

del villano segador.  
Altos Cielos, dadme males  
que al fin cedan a consuelos:  
no aflicciones inmortales;  
pues si Elfridio muere ¡oh Cielos!

Inmortal será el dolor.  
ESPERANZA  
Mujer, que ostentas en tu frente pura  
la imagen del dolor y la ternura,  
¿Qué tienes que en desdichas  
muestras a vencer a los demás mortales?

AMELIA  
Yo sé sentir, mas no pintar mis males:  
sólo esta voz tu corazón dirija,  
Elfridio en riesgo está: yo soy su hija.  
ESPERANZA  
¡Harto justo dolor! Mas ¿qué infelice  
cierra su corazón a la esperanza,

viendo por la carrera de la vida  
del bien y el mal la rápida mudanza?  
Que cual las estaciones se varían,  
y alrededor del año van volando  
las nieves y los frutos y las flores,

Se suceden placeres y dolores.  
Salvo es tu padre, el Cielo lo presagia.  
AMELIA

Y tú, mujer, oh Diosa, cuya magia  
a predecirme tal prodigio alcanza,  
¿quién eres? Dime ¿quién?

#### ESPERANZA

Soy la Esperanza.

#### AMELIA

Mi pecho es insensible a tu influencia:  
la esperanza es el sueño de los tristes:  
su ilusión los aduerme; pero luego  
despiertan a los males, y cual sombras  
las esperanzas húyense ligeras;  
y las más dulces huyen las primeras.

#### ESPERANZA

Te alucina lo acerbo de tu pena:  
oye mi voz, que en tu remedio suena:

#### *Aria*

Yo suavizo las pasiones  
de los pechos en que vivo,  
del amante y del cautivo  
soy la calina y el sostén.  
Si mantengo de ilusiones  
al que sufre penas reales,  
el olvido de los males  
a lo menos es un bien.

#### AMELIA

Esperanza divina, hija del Cielo,  
¿Quién no apetecerá tu compañía  
cuando en el corazón de que te alejas  
la rabia ocupa el hueco que tú dejas?  
Tú floreces en mí, tú me sugieres  
de un padre anciano la afligida imagen  
a su serenidad majestuosa  
restituida: ¿qué astro tan avaro  
habrá que niegue vida tan preciosa  
a los suspiros que le eleva ansiosa  
la tierna prole de quien era amparo!

### ESPERANZA

Sí: mas debieras elevarlos antes  
al que sembró de estrellas el espacio,  
que habita el universo por palacio,  
que en bóveda los Cielos ha encorvado  
para que allá resuenen los clamores  
del infeliz; y a su pensar profundo  
los soles arden y se anima el mundo:  
al Ser supremo...

### AMELIA

A desarmar el hado.

### ESPERANZA

Por un digno mortal...

### AMELIA

Un padre amado.

### LAS DOS

De nuestro ardiente celo  
vuela suspiro fugitivo al Cielo.

### Plegaria a dúo

Si un buen padre es, justo Cielo,  
de tu mano un gran favor,  
vuelve a Elfridio a nuestro anhelo,  
oh, a estos pechos da valor.  
Vivirá el amable Elfridio,  
pues tus leyes son de Amor.

### CONSUELO

Albricias pide el Genio del Consuelo  
ninfas hermosas: vuelva la alegría  
de vuestra faz a colorar las rosas:  
ya el suspirado bien piadoso el Cielo  
por mano de las Gracias os envía:  
la mano de una madre os lo presenta.  
Átropos fiera en vano se resiste  
de la fe conyugal al blando acento,  
a la expresión de su semblante triste,  
y a un diluvio de lágrimas que honraban  
de un hombre justo el riesgo y sentimiento.  
Por fin cedió, y entre ansias y suspiros  
y amorosos desvelos  
de una esposa querida,



Elfidrio al fin renace  
lleno de majestad, de fuerza y vida;  
brillante así como tras negra noche  
el noble astro de luz que el Indo adora  
sale de entre los brazos de la Aurora.

*Aria*

Vuela a tu padre,  
¡Oh hija afligida!  
Que de la vida  
vuelve a gozar:  
y entre caricias  
de prole hermosa,  
con las delicias  
de amante esposa,  
paréis a Elfridio  
gustos sin cuenta;  
Y haréis que sienta  
que de la vida  
vuelve a gozar.

AMELIA

Almo Consuelo, que entre el alto coro  
de los Dioses te espacias en el Cielo,  
mientras Felicidad de su urna de oro  
te vierte escaso a esta mansión de duelo,  
¿Cabe esperar un bien entre mil males?  
Cuando parece, en días tan fatales,  
yace la tierra en mísero abandono  
de Fortuna entregada al numen falso;  
que así nos lanza de la choza al trono,  
como desde la púrpura al cadalso:

¿Puedo entregarme a la ilusión sublime  
de recobrar a un padre? ¿Es cierta, dime  
tan venturosa nueva? ¿Alienta Elfridio?

CONSUELO

Lo juro, sí, por la divisa mía,  
constancia y fe.

AMELIA

¡Qué plácida alegre!

CONSUELO

Tan tierna madre como amante esposa  
Delfina le salvó.

AMELIA

¡Mujer dichosa!  
Salvo es mi padre, el corazón respira,  
palpita el pecho, y de placer suspira.

*Aria*

Dadme guirnaldas bellas  
los que sabéis amar,  
que de Delfina en ellas  
quiero la frente ornar.  
Ella nos ha salvado  
a nuestro padre amado:  
este es de amor ejemplo,  
vamos de Amor el templo  
con su memoria a honrar.  
Dadme guirnaldas bellas  
cuantos sabéis amar etc.

CONSUELO

Tú, Amelia, cuya frente ya las palmas  
de la alegría engalanar parecen;  
tú, refrigerio de las grandes almas;  
esperanza feliz, cantad conmigo:  
pruebe nuestro placer que eternamente  
la existencia de un padre amante y digno  
es de ventura el más hermoso signo.

*Terceto*

Goce un padre entre prole tan bella,

y en el seno de esposa tan fiel,  
como el árbol que ufano descuella  
en el cerco de un tierno plantel.

AMELIA

A su sombra el ganado se arrima,  
a su abrigo se mece la flor.

ESPERANZA

Se oye el cinto del ave en la cima,  
y en su tronco la voz del pastor.

CONSUELO

¡Oh qué encanto, y qué dulce armonía  
de deleite, de amor, de alegría!

TODOS

¡Y de Elfridio qué imagen tan fiel!  
La de un árbol que ufano descuello  
en el cerco de un tierno plantel.

PROFECÍA DEL PIRINEO EN JULIO DE 1808

*Oda*

Como con rabia interna,  
y centellantes ojos, asomado  
al escabroso umbral de su caverna,  
acecha el tigre al tímido ganado,  
Que por la yerba mueve  
su pie lascivo y su vellón de nieve:  
así aquel vil tirano,  
que ensangrentó el dosel de Clodoveo,  
al tiempo de estampar el pie inhumano  
en la falda del alto Pirineo,  
devoraba a la España  
con ojos llenos de perfidia y saña.

Ya era pasado entonces  
el día atroz, que guardará esculpido  
el triste Averno en sus ardientes bronces;  
en que robando a un Príncipe querido  
dejó en dolor profundo  
huérfana a España, horrorizado al mundo.  
Y cuando en pie se erguía  
por ver, desde Pirene al mar de Atlante,  
la extensión de la hispana monarquía;  
girando en torno el lívido semblante,  
de compasión ajeno,  
en que escupió la envidia su veneno;  
ved que sobre una cumbre  
de aquel anfiteatro cavernoso,  
de sol de ocaso a la encendida lumbre  
descubre alzado un pálido Coloso,  
que eran los Pirineos

basa humilde a sus miembros gigantescos.

Cercaban su cintura  
celajes de occidente enrojecidos,  
dando expresión terrible a su figura  
con triste luz sus ojos encendidos;  
y al par del mayor monte,  
enlutando su sombra el horizonte.

Cual si la fuerza suma  
de algún Titán lanzara de sus hombros  
la mole con que Júpiter le abruma,  
tal le creyó, mirándole entre asombros,  
el Corso anonadado;  
que no hay decir cómo quedó parado.

Pavor mortal le asalta:  
fijos los ojos, mas sin furia en ellos;  
la boca abierta, mas de aliento falta;  
duramente erizados los cabellos  
en su frente confusa,  
cual víboras del casco de Medusa.

Y luego del membrudo  
espectro oyó salir un ronco acento,  
que hirió los valles cóncavos tan rudo  
cual si exhalara el ábrego en su aliento,  
cuyo son pavoroso  
revoca el eco trémulo y medroso.

«¡Napoleón! tronando  
sonó la voz ¡Napoleón! ¿en dónde  
la majestad augusta de Fernando  
tu perfidia escondió? Traidor, responde  
del que llamaste hermano,  
te buscó grande, y te encontró villano.

»Él se entregó a esos brazos  
que como los de un héroe le tendiste;  
magnánimo y leal cayó en tus lazos,  
la máscara que hipócrita vestiste  
sereno al punto arrojas,  
y de corona y cetro le despojas.

»¡Oh complemento al crimen  
que te sentó y acompañó en el trono!...

¿Mas piensas tú que sus vasallos gimen  
desmayados en mísero abandono,  
o que se entregan viles  
como grey sin pastor en tus rediles?

»Tiende esa vista fiera,  
dale apacible pasto recorriendo  
Ensangrentada y yerma la carrera  
que van tus huestes bárbaras siguiendo.  
Robos y alevosías  
hasta Madrid te servirán de guías.

»Gózate al ver cubiertas  
sus calles de cadáveres helados,  
conservando tal vez sus manos yertas  
aun el pan ofrecido a tus soldados;  
que a tanta dicha alcanza  
el galardón ¡traidor! de tu alianza.

»Mas ¡ay! sólo a ti mismo  
tus arteras perfidias son fatales:  
la indignación despierta al heroísmo;  
tus grillos se convierten en puñales;  
ruge el león de España  
al rojo humor que sus guedejas baña.

»Y oye que el gran rugido  
es ya trueno en los campos de Castilla,  
en las Asturias bélico alarido,  
voz de venganza en la imperial Sevilla,  
junto a Valencia es rayo,  
y terremoto horrísono en Moncayo.

»Mira en haces guerreras  
la España toda hirviendo hasta sus fines;  
batir tambores, tremolar banderas,  
estallar bronces, resonar clarines;  
y aun las antiguas lanzas  
salir del polvo a renovar venganzas.

»Suelta la dura reja  
el labrador por la fatal cuchilla:  
el tierno esposo a su familia deja:  
besa la madre al hijo en la mejilla,  
le arma el brazo inexperto,  
y le dice al partir: vengado, muerto.

»¡Oh maldad! ¿y aún mantienes  
en esas duras manos firme el yugo  
que a la española lealtad previenes!  
Si en cada huésped dístela un verdugo,  
ya, contra sus furores,  
se levantan mil brazos vengadores.

Ocupan la alta sierra  
que inflama y tuesta el luminar del día,  
bravos hijos del Betis y la guerra:  
y ya aquel que tu Aníbal se decía,  
»mas que sabio, altanero,  
se humilla al pie del Escipión íbero.

»¿Qué es de la legión fiera  
que arrojó de Valencia la muralla?  
Huye, y huyendo es vana la carrera  
del veloz bruto, y la acerada malla,  
que con puñal en mano  
salta a la grupa el leve valenciano.

»Mira allí a los que obligas  
a devastar los campos en que esconde  
su raudal Guadiana: que entre espigas  
vuela la muerte sin saber de donde:  
¡Y cuan tremendo Marte  
los asalta sin trompa ni estandarte!

»Si sorprendiste, en vano,  
a la industriosa gente de Barcino:  
velos burlar las artes de Vulcano,  
y entre sus manos horadando el pino,  
con ecos victoriosos  
hacen callar tus bronce horrorosos.

»Crezca en fin tu despecho  
al pie de la invencible Zaragoza:  
¡cual tus furias la hostigan sin provecho!  
¡Cual las confunde! ¡Cómo las destroza!  
Oponiendo constante  
brazos de hierro y pechos de diamante.

»¡Qué es a ellos la arrogancia  
de los fieros ministros de tu fraude,  
si en tanto de los héroes de Numancia

desde el Olimpo un coro les aplaude!  
Sobre sus sienes fieles  
lloviendo a un tiempo bombas y laureles.

»Pero ya la gallarda  
gente no sufre coto; y cual granizo  
se precipita de la nube parda,  
cuando al sonoro trueno se deshizo,  
Tal se arrojan veloces  
a derrocar tus águilas feroces.

»Oye en su sordo grito  
el fallo de tu ruina; y ve en su frente  
que el dedo de las Furias les ha escrito,  
Venga a tu hermano, que murió inocente:  
ni los manes reposan,  
que por el aire errantes les acosan.

»Sí: ya llega bramando  
como huracán la nacional venganza,  
tus pérfidas falanges arrollando;  
y ya a tu hermano bajo el solio alcanza,  
Que de la indigna mano  
trémulo suelta el cetro soberano.

»Ni la regia corona  
en las turbadas sienes ya mantiene:  
mas del trono, que atónito abandona,  
de un escalón en otro al suelo viene:  
y huye entre tus guerreros,  
como en banda de buitres carniceros.

»Tal será tu castigo,  
soberbio usurpador: del alto asiento  
caerás también. Yo, yo te lo predigo:  
yo, que por ley de celestial intento  
guardián de estas montañas,  
hado soy tutelar de las Españas.»

Siente apenas la vida  
el mezquino tirano a sus acentos;  
y como sierpe acaso desprendida  
de las garras del águila en los vientos  
yerto en letal insulto  
cayó, enroscado, entre la yerba oculto.

## INSCRIPCIÓN AL BUSTO DEL CÉLEBRE MR. FOX,

(Traducida del inglés)

Pisó las sendas gloriosas  
del patrio amor más constante;  
siempre sereno el semblante  
entre borrascas facciosas:  
nadie sin admiración  
fue de sus luces testigo;  
y nadie sin serle amigo  
conoció su corazón.

## EL DOS DE MAYO DE 1808

*Elegía*

Silencio y soledad, fuentes ocultas  
de la meditación, ¡con qué recuerdos  
volvéis a contristar en estos días  
de un fiel patriota el noble pensamiento!  
Ahora que el sol a las nocturnas sombras  
la posesión del mundo va cediendo;  
que las aves desmayan en sus cantos,  
y la humana inquietud busca el sosiego;  
las memorias ilustres de la Patria,  
sus desastres, su gloria y sus trofeos  
van precediendo al carro de la noche,  
nuestra mente ocupando el silencio.  
Brillantes fastos de la ilustre Iberia,  
¡Oh cuánto adornareis el claro templo  
de inmortal fama, conservando impresa  
la actual historia del hispano pueblo!  
En nada ceden los presentes días  
en amor patrio y memorables hechos  
a los que vieron con asombro al mundo  
los Pelayos, los Cides y Toledos.

Testigos sois ¡oh ruinas de Gerona!  
De Zaragoza ¡oh venerables restos!  
Lauros de Talavera y de Arapiles,  
y palmas de Bailén, más puras que ellos.



Vosotras duraréis, doradas tablas  
que en el vasto Océano de los tiempos  
librarán del naufragio a tantos héroes  
que en vuestros campos con honor murieron.  
No las sumergirá profundo olvido,  
no del tiempo la hoz... ¡Pero qué veo!

No estoy solo... Las tropas reunidas  
del trémulo atambor al ronco estruendo...  
Curiosa multitud, que en torno llega  
a contemplar dos fríos monumentos...  
¡Qué dice en el semblante del soldado  
tristeza unida al militar silencio!  
¡Qué dice el oro pálido en las urnas!  
¡Qué dice el traje lúgubre del pueblo!  
Daoiz y Velarde... ¡Oh malogrados  
en flor de juventud! nobles guerreros  
como Euríalo y Niso en vida unidos,  
como Euríalo y Niso en gloria muertos.  
¡Cuándo brilló más puro el patriotismo  
que cuando, sin deber y sin precepto,  
a inevitable muerte os entregasteis  
por no ver en afrenta el patrio suelo!  
Mil aceradas puntas requerían  
una sola bajeza a vuestros pechos;  
abrieron, sí, mil puertas a la muerte,  
mas nada hallaron sino honor en ellos.  
Ahora, a glorioso polvo reducidos,  
en esos vasos fúnebres os veo,  
donde arrancáis suspiros al soldado,  
y el llanto varonil es vuestro riego.

¡Ah! Mejor que en las urnas, vuestros nombres  
en el nocturno pabellón del Cielo  
van a resplandecer, signos de gloria,  
siguiendo el rayo del planeta hisperio...  
¡Mas ay! también a vuestra fama unido  
luce aquel día atroz... Mayo risueño,  
aparta de él tus flores: de laureles  
cúbrele solo, y de ciprés funesto...  
¡Día terrible, lleno de gloria  
lleno de sangre, lleno de horror,  
nunca te ocultes a la memoria  
de los que tengan patria y honor!

Este es el día que con voz tirana

Ya sois esclavos la ambición gritó;  
y el noble pueblo, que lo oyó indignado,  
muertos sí, dijo, pero esclavos no.

El hueco bronce, asolador del mundo,  
al vil decreto se escuchó tronar:  
mas el puñal, que a los tiranos turba,  
aun más tremendo comenzó a brillar.

¡Ay cómo viste tus alegres calles,  
tus anchas plazas infeliz Madrid!  
En fuego y humo parecer volcanes,  
y hacerse campos de sangrienta lid!  
La lealtad y la perfidia armada  
se vio aquel día con furor luchar;  
volviendo el pueblo generosa guerra  
por la que aleve le asaltó en su hogar.

¿Y a quién afrentas proponéis, tiranos?  
¿A quién al miedo imagináis rendir?  
¿Al fiel Daoiz, al leal Velarde,  
que no supieran sin honor vivir?  
El mundo aplaude su respuesta hermosa:  
tender el brazo al tronador metal,  
morir hollando sus contrarios muertos,  
y ser de gloria a su nación señal.

Temblando vimos al guerrero altivo,  
que en cien batallas no inmutó su faz  
de tanto joven, que sin armas fiero,  
entre las filas se le arroja audaz.  
Víctimas buscan sus airadas manos;  
mas el error les arrancó el puñal;  
y ¡ay! que si el día fue funesto y duro  
aún más la noche se enlutó fatal.

¡Noche terrible, al angustiado padre  
buscando el hijo que en su hogar faltó!  
¡Noche cruel para la tierna esposa,  
que yermo el lecho de su amor se halló!  
¡Noche fatal, en que preguntan todos,  
y a todos llanto por respuesta dan!

Noche en que truena de la Parca el fallo,  
y ¡ay! dicen todos, ¡quienes morirán!  
Sensibles hijas de la hermosa Iberia,

pues sois modelos de filial piedad,  
los ojos, llenos de ternura y gracia,  
volved en llanto a la infeliz ciudad:  
Ved a la muerte nuestros caros hijos  
entre verdugos el traidor llevar;  
y el odio preste a vuestros ojos rayos,  
si de dolor ya no podéis llorar.

Esos que veis que maniatados llevan  
al bello Prado, que el placer formó,  
son los primeros corazones grandes  
en que su fuego libertad prendió:  
vedlos cuan firmes a la muerte marchan,  
y el noble ejemplo de morir nos dan;  
sus cuerpos yacen en sangrienta pira,  
sus almas libres al Empíreo van.

Por mil heridas sus abiertos pechos  
oíd cual gritan con horrenda voz:  
«venganza, hermanos; y la madre España  
nunca sea presa de invasor feroz.»  
Entre las sombras de tan triste noche  
este gemido se escuchó vagar:  
gozad en paz, ¡oh del suplicio gloria!  
Que aún brazos quedan que os sabrán vengar.

*Coro*

¡Noche terrible, llena de gloria,  
llena de sangre, llena de horror,  
nunca te ocultes a la memoria  
de los que tengan patria y honor!

HIMNO DE LA VICTORIA,  
cantado a la entrada de los ejércitos victoriosos de las provincias en Madrid en

*Coro*

Venid, vencedores,  
columnas de honor!  
La patria os dé el premio  
de tanto valor.

Tomad los laureles

que habéis merecido,  
los que os han rendido  
Moncey y Dupont:  
vosotros, que fieles  
habéis acudido  
al primer gemido  
de nuestra opresión.

Venganza os llamaba  
de sangre inocente;  
alzasteis la frente  
que jamás temió:  
y al veros los dueños  
de tantas conquistas  
huyen como aristas  
que el viento arrolló.

Vos de una mirada  
que echasteis al Cielo  
parasteis el vuelo  
del águila audaz;  
y al polvo arrojasteis  
con iras bizarras  
las alas y garras  
del ave rapaz.

Llegad ya, Provincias,  
que valéis naciones,  
ya vuestros pendones  
deslumbran al sol:  
pálido el tirano  
tiembla, y sus legiones  
muerden los terrones  
del suelo español.

Son a vuestras plantas  
alfombra serena  
laureles de Jena,  
Palmas de Austertitz:  
son cantos de gloria  
volver los cautivos  
sus gritos altivos  
en llanto infeliz.

¡Oh qué hermosos vienen!  
¡Su porte cuán fiero!

¡Cuán brilla el acero!  
¡Cuán cruje el arnés!  
Estos son guerreros  
valientes y bravos,  
y no los esclavos  
del yugo francés.

Gloria ¡oh flor del Betis!  
Que habéis bien probado  
el brío heredado  
del suelo natal:  
que allí sin cultivo  
crece y se levanta  
del triunfo la planta  
la oliva inmortal.

Funesto es el día,  
francés orgulloso,  
y el campo ominoso  
que pisas, también:  
la sombra de Alfonso  
con iras más bravas,  
su gloria en las Navas  
defiende en Bailén.

Salve, honor del Turia,  
de Marte centellas,  
pues vivos como ellas  
al triunfo voláis:  
la hueste enemiga  
rompéis imprevistos,  
y apenas sois vistos  
victoria cantáis.

Gloria ¡oh valerosos  
del solar manchego!  
¡Oh cuán bello riego  
dais a vuestra mies!

Los surcos se vuelven  
sepulcro a tiranos;  
sangrientos los granos  
se mecen después.  
y en tanto en el Ebro  
los pechos son muros,  
que atienden seguros

morir o vencer:  
siempre el sol los halla  
lidiando con gloria;  
siempre con victoria  
los deja al caer.  
¡oh cuán claros veo  
brillar en sus ojos  
los fieros enojos  
que van a vengar!

¡Oh cuánto trofeo  
que ganó su espada,  
verá consolada  
la Patria en su altar!

¡Oh Patria, respira  
de males prolijos,  
descansa en los hijos  
que el Cielo te dio!

Ni temas que el arte  
falte a su fortuna;  
soldados la cuna  
naciendo los vio.

Ya vengada, sólo  
libertad y gloria  
ejará en memoria  
tu agravio en Madrid:  
tiempo es ya que altiva  
la frente levantes,  
pues llegan triunfantes  
los hijos del Cid.

Ninfas, vengan lauros  
frescos, verdes, bellos,  
enjugad con ellos  
tan noble sudor:  
ni olvidéis la oliva  
que es planta gloriosa;  
ni aún alguna rosa  
que os brinde el amor.

LOS DEFENSORES DE LA PATRIA

*Canción cívica*

Mote

Vivir en cadenas  
¡Cuán triste vivir!  
Morir por la Patria  
¡Qué bello morir!

Partamos al campo,  
que es gloria el partir;  
la trompa guerrera  
nos llama a la lid:  
la Patria oprimida,  
con ayes sin fin,  
convoca a sus hijos,  
sus ecos oíd.

¡Quién es el cobarde,  
de sangre tan vil,  
que en rabia no siente  
sus venas hervir!  
¡Quién rinde sus sienas  
a un yugo servil,  
viviendo entre esclavos,  
odioso vivir!

Placeres, halagos,  
quedaos a servir  
a pechos indignos  
de honor varonil:  
que el hierro es quien solo  
sabr  redimir  
de afrenta al que libre  
jur  ya vivir.

A Dios, hijos tiernos  
cual flores de Abril:  
a Dios, dulce lecho  
de esposa gentil:  
los brazos, que en llanto  
ba n is al partir,  
sangrientos, con honra,  
vereislos venir.

Mas tiemble el tirano  
del Ebro y del Rhin,  
si un astro a los buenos  
protege feliz.  
Si el hado es adverso,  
sabremos morir...  
Morir por Fernando,  
y eternos vivir.

Sabr  el suelo patrio  
de rosas cubrir  
los huesos del fuerte  
que espire en la lid:  
mil ecos gloriosos  
dirán: yace aquí  
quien fue su divisa  
triunfar o morir.

#### *Coro*

Vivir en cadenas  
 Cu n triste vivir!  
Morir por la Patria  
 Qu  bello morir!

#### UNIÓN Y GLORIA

Saludo de brindis al enlace de las banderas inglesa y española que adornaban el ramillete de un convite entre marinos de ambas naciones, formándose de las dos una sola insignia.

#### *Epigrama*

Así enlazadas, y jamas opuestas  
las Britanas banderas y Españolas,  
siempre del Corso a la ambición funestas,  
descuelen por los campos y las olas.

 Qu  valen hierros que la infamia forje,  
si en este enlace generoso y blando,  
la mano experta del anciano Jorge  
sostiene al joven e infeliz Fernando!

Sólo a esta doble insignia corresponde  
dar vuelta ufana al Orbe agradecido,



mientras en Francia el tricolor se esconde,  
triste blasón del mundo envilecido.

Grata a un tiempo a los fuertes Españoles  
¡oh noble insignia! y los Ingleses bravos,  
en la feliz comarca en que tremoles  
bastarás a anunciar que no hay esclavos.

Del continente, al fin, verás lanzado  
el Corso monstruo a su infernal destino;  
ya que el valor inglés ha decretado  
que no será jamás monstruo marino.

## A LA BATALLA DE SALAMANCA

### *Canción*

#### CORO

Viva el grande, viva el fuerte  
que, en la más gloriosa acción,  
el furor francés convierte  
en vergüenza y confusión.

#### VOZ

Ved cual entre polvo y humo  
por los campos de Castilla  
va la bárbara gavilla  
que era un tiempo su opresión.  
¿Quién los bate y los humilla  
con el rayo de victoria?

La trompeta de la gloria  
dice al mundo Wellington.

¡Oh Wellington, nombre fausto  
a la Iberia, y caro a Marte!  
¿Tus contrarios en qué parte  
huirán de tu valor?  
Tú los vences en los montes,  
en los campos ven tus bríos,  
y las aguas de los ríos  
te retratan vencedor.

Entre el Duero y claro Tormes

tú a los galos atropellas,  
y aun siguiendo vas sus huellas  
de su entera ruina en pos:  
síguelos, y Europa deba  
tu acero su rescate,  
y si un monstruo la combate,  
la defienda un semidiós.

#### CORO

Viva el grande, viva el fuerte  
que, en la más gloriosa acción,

el furor francés convierte  
En vergüenza y confusión.

#### SOBRE EL MISMO ASUNTO

##### *Soneto*

Soñaba yo; y en lecho damasquino  
una hermosa matrona vi dormida  
y entre su misma prole acometida  
por un tirano y pérfido Tarquino.

En vano intentan del fatal destino  
sus hijos redimirá la afligida;  
que ellos sin armas luchan por su vida,  
y armado estaba el bárbaro asesino.

Ya el traidor casi su maldad corona;  
cuando junto a las márgenes del Duero  
se alza un hijo de Marte y de Belona:

Vuela, llega, derriba al monstruo fiero;  
y era la Iberia la infeliz matrona,  
y era Wellington el audaz guerrero.

#### AL DUQUE DE ALBUQUERQUE

(Muerto en Inglaterra de una pasión de ánimo originada de su propio pundonor)

##### *Epitafio*

Grande en la cuna y en la lid valiente,  
en Talavera, en Alcabón glorioso,  
fue en las puertas de Alcides al torrente  
del galo audaz antemural dichoso;  
y viendo al fin que con maligno diente  
se acercaba la envidia al lauro hermoso  
que en su frente el honor dejó enlazado,  
murió, con sólo imaginarlo ajado.

A LA ENTRADA EN CÁDIZ DEL DUQUE DE CIUDAD RODRIGO,  
(Después de levantado el sitio de aquella plaza, en consecuencia de sus victorias)

*Coro*

¡Oh cuán dulce es a un héroe glorioso  
que triunfó con justicia y valor,  
presentarle el tributo amoroso  
de ternura, de aprecio y de honor!

I

Ved cual llega a gozarse en el seno  
de la ibera leal gratitud  
el que oímos de lejos cual trueno  
dar a Gades Victoria y salud.  
Hoy se muestra apacible y triunfante?  
Y ayer bravo, y con fiero tesón,  
los tiranos lanzaba adelante  
cual las nubes el duro Aquilón

II

Acojamos al héroe bizarro  
en los muros que él mismo libró;  
y descienda del bélico carro  
a gozar de la paz que nos dio.  
No la oliva a su frente neguemos,  
ni la rosa de alfombra a sus pies:  
que él sabrá cuantas flores le demos  
en laureles volverlas después.

III

Él unió con el nuestro su brazo  
para hazañas de prez inmortal:  
tema pues en tan ínclito lazo  
el injusto opresor su dogal.

Y en el templo de eterna memoria,  
y en los fastos de la última edad,  
se unirá de Wellington la gloria  
con la hispana feliz libertad.

*Coro*

¡Oh cuán dulce es a un héroe gloriosa  
que triunfó con justicia y valor,  
presentarle el tributo amoroso  
de ternura, de aprecio y de honor!

EN UN CONVITE BRINDANDO POR LA ÚLTIMA BATALLA GANADA EN  
ESPAÑA, por el duque de Ciudad Rodrigo

*Soneto*

Venid, ticianos, a ilustrar pinceles:  
Fidias, llegad a eternizar metales:  
prevenid plumas, cisnes inmortales  
prodigad, Musas, cantos y laureles.

Seréis divinos, cuanto seáis más fieles  
pintando, ya de Galia en los umbrales,  
al Cid britano; y de pavor mortales  
huyendo de él los vándalos crueles.

Unid al cuadro en mágicos colores  
la independencia hispana, y su alta gloria,  
como hermanas gozándose entre flores.

Y si queréis más timbre a su memoria,  
llamadle vencedor de vencedores,  
y a su triunfo victoria de Vitoria.

SOBRE EL MODO GROSERO CON QUE PERIODISTAS EXTRANJEROS  
HABLABAN ACERCA DE LOS ASUNTOS DE ESPAÑA EN EL AÑO DE

*Soneto*

¡Tres años de proezas singulares,  
sitios, asaltos, lides carniceras,

en que del corso las legiones fieras  
el acero español siega a millares!

¡Hallarse, Iberia, yermos tus hogares,  
o en ellos luto y quejas lastimeras;  
de tus hijos por todas las riberas  
bajando sangre a enrojecer los mares!

¡Ver la flor de Aragón y de Castilla  
que al cautiverio la cerviz prosterna,  
primero que al tirano la rodilla!

¿Y a tanto honor con frases de taberna  
la gacetera chusma aún amancilla?...  
¡Raza de Juan Frerón serás eterna!

#### SENTIMIENTOS DE LA ESPAÑA AL TIEMPO DE LA PARTIDA DE SU LEGÍTIMO REY EN 1810

##### *Soneto*

Triste la España, «¿dónde vas Fernando?»  
al hijo fugitivo dice ansiosa;  
y él sigue, y deja de su madre hermosa  
llevar los vientos el acento blando:

Ya la materna falda abandonando  
pisa de Francia la ribera odiosa;  
y aún está oyendo aquella voz piadosa  
que le repite, «¿adónde vas?» llorando.

No ve ya al hijo la infeliz matrona:  
mas su voz oye, que con regio brío  
Dice: Tirano, es mía esa corona.

Ella, al primer dolor, gritó ¡hijo mío!  
Mas luego, vuelta al déspota en Bayona,  
dame a Fernando, exclama, oh tiempo impío!

A LAS PRIMERAS PARTIDAS DE CAMPO QUE SE HICIERON EN CHICLANA  
DESPUÉS DEL LARGO SITIO DE CÁDIZ, Y ACABADOS DE DESTRUIR LOS  
CAMPAMENTOS FRANCESES

*Anacreónica*

La primavera alegre  
llama con dulce risa  
al campo de Chiclana  
las gaditanas ninfas,  
tras los aciagos tiempos  
en que la guerra impía.  
Las tuvo entre murallas  
medrosas y afligidas.  
Vedlas correr ansiosas,  
y ocupar a porfía  
las deleznables lanchas,  
las ruidosas berlinas.  
¡Cuál se unen y emparejan  
en comparsas distintas,  
Ya que amistad los junte,  
ya porque amor las guía!  
La alegre carga sienten  
las lanchas oprimidas,  
y reinando y cantando  
se apartan de la orilla.  
¡Oh cuán audaces otras  
en leves carros brincan,  
y a los fogosos brutos  
a la carrera aguijan!  
¡Cuál por llegar se afanan,  
y con jocosa grita  
al más ligero aplauden,  
y al perezoso animan!  
Bulle en placer Chiclana  
al verse acometida  
por mar y tierra a un tiempo  
de tropas tan festivas.  
Sus flores, sus guirnaldas  
y sus verdes colinas  
para sus danzas presta,  
para sus juegos brinda.  
Todo es allí contento,  
todo descuido y trisca;  
donde tronaba Marte,  
ya sólo amor suspira;  
Pues que los sitios mismos

ora al placer dedican  
que antes cubiertos vieron  
de tiendas enemigas.  
Donde asentada estuvo  
la horrenda artillería  
que amenazaba a Cádiz  
con espantosa ruina.  
Ahora se ordenan danzas  
de enamoradas lindas,  
y hacen el son los himnos  
que la victoria dicta.  
¡Ay! que así se suceden  
en esta amarga vida  
venturas y desgracias,  
dolores y delicias.  
A completar las nuestras  
parece ya se brinda  
la risueña esperanza,  
que hoy en los cielos brilla.  
Y de la mano asido,  
a nuestros brazos guía  
rescatado al monarca  
de su opresión prolija.  
Palma de tantas lides,  
premio a tantas fatigas,  
nos lo entrega, clamando,  
«triunfaste, España invicta.»

## LA CRUELDAD DE LA MUERTE

### *Soneto*

Envuelta en sombras, alta la guadaña,  
trazando golpes de dolor profundo,  
iba la muerte recorriendo el mundo  
desde el alcázar regio a la cabaña:

Cuando en aquel que Manzanares baña  
fijando el ceño torvo y furibundo,  
miró a la Esposa Real, de su fecundo  
seno mil glorias prometiendo a España

¡Dos víctimas! Gritó el espectro fiero:  
¡Llanto de Reyes! ¡Pueblos afligidos!

¡Oh qué deleite! Y descargó el acero:

y dejando en un féretro tendidos  
ambos despojos, se encumbró altanero,  
triunfando entre lamentos y gemidos.

## CANCIÓN FÚNEBRE

Melancólica vista al mundo ofrece  
día que se gozó sereno y puro,  
cuando insensiblemente desfallece  
de la noche cediendo al velo oscuro:  
el rayo mal seguro,  
débil resto de luz que al monte baña,  
sin alumbrar al valle o la cabaña;  
el enmudecer lento  
de los hombres, los pájaros y el viento;  
todo infunde reposo y dulce calma,  
y todo mueve a despedirse el alma  
de los objetos que gozó en el día  
con dulce y natural melancolía.

Mas cuando un astro hermoso, un sol divino,  
en torrentes de luz rico y glorioso,  
asaltado en su próspero camino  
se ve de eclipse horrible y tenebroso;  
aquí es el pavoroso  
temblar de cuanto vive y cuanto siente;  
aquí el correr atónita la gente,  
a los pasos huir trémulo el suelo,  
a los ojos faltar lóbrego el cielo.

¡Y fenómeno habrá que ofrezca al mundo  
más luto, más horror, mal más profundo!

Sí, tu muerte, Isabel: astro halagüeño  
de amor y paz, que desde su alta esfera  
la muerte sepultó en eterno sueño,  
y en luto y llanto a la nación Ibera.  
Tú, esperanza primera  
del triste, el inocente, el desvalido;  
tú, cariño infeliz de un rey querido;  
sólo a tu muerte es dado en un momento  
hacer universal el sentimiento,



lágrimas prodigándote en tributos  
ojos, que aún vieran la miseria enjutos.

No hay duros corazones a tu suerte,  
desgraciada Isabel; ni era tu estrella  
que uno te conociera sin quererte,  
sin aclamarte madre augusta y bella.

¡Ay Dios ¡cuánto atropella  
con sólo un golpe en ti la Parca dura  
de juventud, de gracia y de ternura!  
¡En ti de cuánto bien despoja al suelo!...  
Eras ángel en fin; volaste al cielo.

Y en yermo lecho queda el cuerpo frío,  
cual flor por el arado atropellada,  
o como blanca oveja en raudo río  
junto a su tierno corderillo ahogada.  
A quien no faltó nada  
todo le fue negado en tal instante;  
infeliz como reina y como amante  
ni el labio desplegar pudo que ansioso  
se heló sin pronunciar «a Dios, mi esposo.»  
Su esposo, que, angustiado, sin aliento,  
apuraba la copa dolorosa,  
y trocará a su suerte en tal momento  
la de un pastor feliz junto a su esposa.  
¡Oh noche desastrosa!  
En pos de cuyo horror el Sol se asombra  
de hallar cadáver blanco en negra alfombra  
la que dejaba ayer Reina aplaudida,  
llena de juventud, de gracia y vida;  
y hoy sólo obtiene el mísero tributo  
de compasión, terror, silencio, y luto.

Tanta es tu furia, oh Muerte; y ni la libras  
por el fruto de amor que en breve espera;  
antes te irrita más, y el hierro vibras,  
que aún lo que no nació quieres que muera.  
Tú repartiste fiera  
el nupcial lecho entre aflicción y muerte:  
sólo el ánimo real golpe tan fuerte  
pudo sobrellevar, sin más consuelo  
que recurrir al cielo,  
acatando sumiso a eternas leyes,  
que dan también dolor para los reyes.

Ya entonces alaridos y lamentos  
del palacio a las cúpulas ascienden;  
baña el llanto los tersos pavimentos,  
y de dolor los mármoles se hienden.  
¡Ay! ¡De cuán poco penden  
gozo y pesar en míseros mortales!  
Que ayer alegres vivas por los reales  
pórticos resonaban con estruendo;  
y hoy pálida la fama, repitiendo  
con ecos de dolor la triste nueva,  
de corazón en corazón la lleva.

Óyelo, y llora la orfandad doliente,  
que hallara ¡oh reina! En tu bondad consuelo;  
óyelo, y llora la industriosa gente,  
que estimulabas con benigno celo:  
óyenlo; y visten duelo  
las artes bellas, que hoy en sus liceos  
favores tuyos muestran por trofeos;  
y aun los gratos vergeles, los variados  
bosques a tus delicias dedicados,  
que te guardaban sus primeras flores,  
al Mayo ¡ay! temo nieguen sus verdores,  
porque no menos condolida Flora,  
apoyada a un ciprés óyelo, y llora.

Tú en tanto libre del humano velo,  
huyes a las moradas celestiales,  
bella Isabel, siguiéndote en tu vuelo  
el inútil clamor de los mortales.  
Por los brazos leales,  
que dejas, de Fernando el deseado,

los del Santo Fernando habrás hallado:  
virtudes que te fueron favoritas,  
flores dando a tu sien nunca marchitas,  
regirás desde allí tu España en gloria,  
como quedas reinando en su memoria.

Llorad, ninfas de Iberia, el dulce encanto,  
perdido ya, de la divina Elisa,  
aunque ella ya no aliente vuestro canto  
con blando halago y plácida sonrisa.  
No murmuréis que omisa  
enmudezca mi lira en tanto luto

lágrimas son, no versos, mi tributo:  
su loor deba a pechos más serenos,  
y cante más quien la llorare menos.

A su busto, en la casa de Expósitos,  
de la que era protectora  
Miradla: es Isabel, aquí fue madre  
la que en dos mundos reina: aquí mil veces  
de la orfandad oyendo los clamores,  
llegó a su cuna, y la cubrió de flores.

## AL VALOR Y DEMÁS VIRTUDES MILITARES MÁS DIGNAMENTE PREMIADAS

### *Soneto*

Tú que audaz recorriste sin cansarte  
los reinos de Cibeles y Neptuno,  
superando los riesgos uno a uno  
que al constante valor presenta Marte;

Tú que de Iberia un tiempo baluarte,  
y hoy rayo a los rebeldes importuno,  
lidias porque en el orbe no haya alguno  
que de tu patria insulte al estandarte:

Yo te saludo ¡oh bravo sin pretextos!  
Soldado entre soldados sin segundo,  
norma igual de leales y modestos;

y de mi pecho digo en lo profundo:  
ciña mi rey muchos laureles de estos,  
y yo le fío rey de todo el mundo.

A la memoria de don Mariano de Arriaza, hermano del autor, uerto gloriosamente de un  
tiro de artillería en la defensa de Madrid ontra Napoleón al amanecer del 4 de diciembre  
de 1808

### *Soneto*

Hoy se presenta a mi memoria triste  
tu fin sangriento ¡oh malogrado hermano!  
Con tanta pena, que la gloria en vano

tu cara imagen de laurel reviste.

«Viva mi patria, y muera yo» dijiste,  
firme en el muro, y con espada en mano;  
responde el trueno del cañón tirano,  
y envuelto en sangre a sus rigor cediste.

Consternación, pavor, silencio, y llama  
siguió al desmayo de tu brazo fuerte,  
y sobre tu sepulcro se derrama.

¡Ay! Que también en el morir hay suerte,  
que el terror mismo enmudeció a la Fama,  
y el mundo ignora tan gloriosa muerte.

EN EL DÍA DE SANTA TERESA: RESPONDIENDO AL BRINDIS QUE LE  
HICIERON NOS AMIGOS POR UNA HIJA SUYA DE TRES AÑOS, QUE TENÍA  
AQUEL NOMBRE

¿Con qué indecible sorpresa  
escucho vuestra atención!  
Brindáis por mi corazón  
brindando por mi Teresa:  
también a mí me interesa  
ansiar por su robustez;  
con la esperanza tal vez  
de que, con amor sencillo,  
de báculo y lazarillo  
me servirá en mi vejez.

Duerme entretanto la hermosa,  
y vuestro favor no siente;  
mas con sonrisa inocente  
mueve sus labios de rosa:  
así responde amorosa  
a tan fina urbanidad;  
bastando en su tierna edad  
que su padre os lo agradezca;  
hasta que ella os lo merezca  
por su talento y bondad.